ALBERT PIKE

MORAL Y DOGMA

DEL RITO ESCOCES ANTIGUO Y ACEPTADO



CABALLERO KADOSH

PRÍNCIPE DEL REAL SECRETO

(Grados 29 a 32)

Traducción de
Alberto Moreno Moreno



ALBERT PIKE

Moral y dogma

del Rito Escocés Antiguo y Aceptado

Grados Veintinueve a Treinta y dos

Traducción:
Alberto R. Moreno Moreno

Moral y dogma

del Rito Escocés Antiguo y Aceptado

Grados Veintinueve a Treinta y dos

SERIE AZUL
[TEXTOS HISTÓRICOS Y CLÁSICOS]

Moral y Dogma del Rito Escocés Antiguo y Aceptado
(Grados Veintinueve a Treinta y dos)
Albert Pike

editorial masonica.es®
Serie Azul (Textos históricos y clásicos)
www.masonica.es

EntreAcacias, S.L.
Apdo. de Correos 32
33010 Oviedo
Asturias (España/Spain)
Teléfono/fax: (34) 985 79 28 92
info@masonica.es

1ª edición: agosto, 2013

ISBN (edición impresa): 978-84-941390-6-2
ISBN (edición digital): 978-84-941390-7-9

Edición digital

Moral y Dogma

del

Rito Escocés Antiguo y Aceptado

de la

Francmasonería

Grados Veintinueve a Treinta y dos

ALBERT PIKE

Publicado en Charleston (EE.UU.) en 1871

Traducido al español
por

Alberto Ramón Moreno Moreno
(Junio de 2013)

Este volumen contiene los capítulos 29 a 32 de la obra de Albert Pike *Moral y Dogma del Rito Escocés Antiguo y Aceptado*.

Está precedido por *Moral y Dogma del Rito Escocés Antiguo y Aceptado (Grados de Aprendiz, Compañero y Maestro), Moral y Dogma del Rito Escocés Antiguo y Aceptado (Logia de Perfección), Moral y Dogma del Rito Escocés Antiguo y Aceptado (Capítulo Rosacruz), Moral y Dogma del Rito Escocés Antiguo y Aceptado (Príncipe del Tabernáculo), Moral y Dogma del Rito Escocés Antiguo y Aceptado (Príncipe de Merced), y Moral y Dogma del Rito Escocés Antiguo y Aceptado (Caballero del Sol),* publicados por MASONICA.ES (www.masonica.es).

XXIX

Gran Caballero Escocés de San Andrés

Una tradición milagrosa, parecida a la del *labarum* de Constantino, consagra la Antigua Cruz de San Andrés. La leyenda narra que Óengus, que en el siglo IX reinó sobre los pictos en Escocia, durante la noche anterior a una batalla tuvo una visión en la que se le aparecía el Apóstol San Andrés, el cual le prometió la victoria; y como prueba de que esto acontecería así, le dijo que aparecería sobre las huestes pictas, en el aire, una cruz con la misma forma de aquella sobre la que él había sido martirizado. Óengus despertó y, mirando al cielo, vio la cruz prometida, como también la vieron las tropas de ambos ejércitos. Y Óengus y los pictos, tras dar gracias al Apóstol por su victoria y presentar sus ofrendas con humilde devoción, prometieron que desde ese día, tanto ellos como sus descendientes llevarían en tiempo de guerra una cruz de San Andrés como emblema y para reconocerse.

John Leslie, Obispo de Ross, afirma que esta cruz se apareció a Achaius, Rey de Escocia, y a

Óengus, Rey de los Pictos, la noche antes de la batalla que se libró entre ellos y Athelstán, Rey de Inglaterra, mientras se encontraban orando de rodillas.

Toda cruz de caballería es símbolo de las nueve cualidades de un Caballero de San Andrés de Escocia, pues toda orden de caballería exige a sus miembros las mismas virtudes y las mismas excelencias.

Humildad, paciencia y renuncia son las tres cualidades esenciales de un Caballero Escocés de San Andrés. La Cruz, santificada por la sangre de los mártires que han muerto sobre ella; la Cruz que llevó Jesús de Nazareth, en su agonía, a lo largo de las calles de Jerusalén hasta el Calvario, y sobre la que exclamó «Hágase Tu voluntad, Padre, y no la Mía», es un símbolo elocuente e inconfundible de estas tres virtudes. Él sufrió sobre la Cruz porque se unió con el pobre y el desvalido, y encontró a Sus discípulos entre los pescadores de Galilea y los despreciados publicanos. Su vida fue de humildad, paciencia y renuncia. Los caballeros hospitalarios y los templarios tomaron para sí los votos de obediencia, pobreza y castidad. El Cordero, que se convirtió en la divisa del sello de la Orden de los Pobres Caballeros Comilitones del Templo de Salomón, recordaba las mismas lecciones de

humildad y renuncia que el emblema original de los dos caballeros montando en un único caballo. El Gran Comendador avisaba a cada candidato de no entrar en la Orden persiguiendo vanas esperanzas de pompas terrenales o esplendor. Le decía que debería soportar muchas privaciones, y resistir en grado extremo contra sus inclinaciones; y que se vería obligado a renunciar a su propia voluntad para someterse por completo a la de sus superiores.

Los hospicios de los Hospitalarios, frustrados por la capaz hija de Enrique VIII, Isabel, por negarse los caballeros a prestar juramento de mantener la supremacía de la Reina, habían sido centros de caridad, dispensarios y asilo de expósitos, aliviando la condición de muchos huérfanos y niños marginados y supliendo sus necesidades. Como palomas de Dios que aparecen en un páramo, ofrecían pan y carne por la mañana, y carne y pan por la tarde. Habían sido posada para el caminante que escuchaba desde lejos el tañido de la campana vespertina que le invitaba al reposo y la oración, y a entonar los maitines con la Estrella Matutina, para proseguir el camino con regocijo. Y los caballeros no eran menos conocidos por su valor en la batalla que por el celo y la ternura con que atendían al enfermo y al moribundo.

Los Caballeros de San Andrés prestaban voto de defender a huérfanos, doncellas y viudas, así como de llevar ante la ley a asesinos, ladrones o señores que expoliasen al pueblo, donde quiera que tuviesen conocimiento de ello y en toda la medida de su capacidad.

«Si la fortuna dispone» —así rezaba el voto del Rosacruz— «que en los distintos países o naciones donde quiera que camines o cabalgues, encuentres un gentilhombre de nombre y armas que haya perdido sus bienes con honor y caballerosidad, al servicio del Rey o de cualquier otra causa honrosa, y que se halle sumido en la pobreza, le ayudarás, auxiliarás y socorrerás en lo que te sea posible; y si te pidiese tus bienes para su sustento, le darás parte de los mismos en la medida que puedas, pues Dios te los ha otorgado».

Pues la Caridad y la Generosidad son las cualidades más esenciales en un verdadero y gentil caballero, como así ha sido en toda época, del mismo modo que lo es la Clemencia. Es signo de noble naturaleza mostrar mesura con los conquistados. El Valor es mejor templado cuando demuestra una severa fortaleza en la amable práctica de la piedad, que nunca brilla tanto como cuando va revestida de acero. Un espíritu marcial pero compasivo conquista tanto en la guerra como

en la paz, y consigue por partida doble una victoria con honor. Los hombres más insignes del mundo albergaban en su interior el coraje y la compasión. Un enemigo reconciliado tiene mayor valor que la larga procesión de cautivos de un triunfo romano.

La Virtud, la Verdad y el Honor son las cualidades más esenciales de un Caballero de San Andrés. «Amarás a Dios sobre todas las cosas, y serás inquebrantable en la fe» —se decía a los Caballeros en su exhortación— «y serás leal para con tu Señor Soberano, y fiel a tu palabra y tu promesa. Y no te sentarás donde tengas conocimiento de que se levanta falso testimonio contra alguien».

La ley no tiene el poder de golpear al virtuoso, del mismo modo que la fortuna no puede alterar el ánimo del sabio. Sólo la Virtud y la Sabiduría perfeccionan y defienden al hombre. El ropaje de la virtud es un santuario tan sagrado que ni los príncipes se atreven a golpear al hombre que se envuelve en él. Es el emblema del Reino de los Cielos. Nos protege cuando estamos desarmados, y es una armadura que no podemos perder, salvo que nos traicionemos a nosotros mismos. Es la patente que nos otorga el Cielo, sin la cual no somos más que proscritos que no pueden exigir protección. No hay sabiduría sin virtud, sino

únicamente taimados hábitos que nos conducen a la perdición.

La paz está cerca
Cuando la voz de la Sabiduría ha encontrado
un corazón que le escucha
Entre un griterío mayor
que el de las tormentas invernales
Los tiempos dorados escuchan la voz del estío
que aguarda entre bastidores.

Peace is nigh
Where Wisdom's voice has found a listening heart.
Amid the howl of more than winter storms,
The halcyon hears the voice of vernal hours,
Already on the wing.

Sir Lancelot consideraba que ninguna caballería iguala a la de la Virtud. Esta palabra no solo implica continencia, sino principalmente virilidad, e incluye también la *abnegación*, esa paciencia tenaz que es como la esmeralda, siempre verde y floreciente; del mismo modo que incluye esa otra virtud, *la integridad*, honradez, virtud tan fuerte y poderosa que por medio de ella toda las cosas terrenales casi se vuelven inmutables. Incluso nuestras espadas están configuradas para recordarnos la forma de la

Cruz, y tú y muchos de nosotros podemos vivir para mostrar cuántos hombres la portan sin sucumbir; pues este mundo es un valle de lágrimas y pesar, de grandes males y constante calamidad, y si deseamos ser dignos del honor verdadero, no debemos permanecer indiferentes ante la virtud de un Caballero, del mismo modo que la amistad entre los hombres se transforma en una relación indiferente cuando es mantenida con frialdad y no es apreciada en su justa medida.

No debemos contemplar con impaciencia o ira a aquellos que nos hieren; pues es contradictorio con la filosofía, y particularmente con la Sabiduría Divina que debe regir a todo Príncipe Adepto, conceder gran importancia a los males que el mundo, o el vulgo, ya aparezca vestido de lujosas prendas o de harapos, inflijan al valeroso. El favor de Dios y el amor de nuestros Hermanos reposan sobre una base que la fuerza de la malicia no puede derribar; y con esto, un temperamento generoso y una noble ecuanimidad, lo tenemos todo. Para ser coherentes con nuestra profesión de Masones, para mantener la dignidad de nuestra naturaleza, la conciencia de nuestro honor, y el espíritu de elevada caballerosidad que proclamamos, debemos despreciar los males que son únicamente materiales y corporales, de forma que un golpe o un engaño no tengan mayor

importancia que un disgusto o un mal sueño.

Busquemos en los tiempos antiguos ejemplos excelentes de Virtud, Verdad y Honor, e imitémoslos emulando noblemente a los antiguos Caballeros, los primeros Hospitalarios y Templarios, y a Bayard, y Sydney, y San Luis. En palabras de Plinio a su amigo Máximo, *contempla con veneración la antigua gloria, y la vejez que hace al hombre venerable y sagrado en las ciudades*. Honra la antigüedad y los grandes hechos, y no arrebates nada de su dignidad ni libertad a nadie. Si aquellos que ahora pretenden ser grandes y poderosos, los sabios e instruidos del mundo, coincidiesen en condenar el recuerdo de los heroicos caballeros de épocas pretéritas, y en tildarnos de locos a aquellos que sostenemos que deben ser tenidos en eterno recuerdo, y recordados con consideración; si aquellos que ahora dicen reinar e instruir al mundo despreciasen tu humilde tributo de fidelidad, deberías profesarlo modestamente, y no avergonzarte, pues las vidas de aquellos que ahora osan despreciar a los de naturaleza infinitamente más elevada y noble que la suya, serán tenidas por pobres y miserables, y el mundo los olvidará con celeridad.

Pero no creas tampoco que, incluso en esta época tan distinta, de comercio y negocio, de

riqueza de muchos y pobreza de miles, de ciudades prósperas y casuchas repletas de pobres, de iglesias con bancos reservados, y teatros, ópera, casas de aduanas, bancos, vapor y telégrafos, tiendas y almacenes, fábricas y cámaras de comercio, mercados de valores, prensa, elecciones, congresos y legislaturas, de terrible lucha por la riqueza y riña constante por el cargo y el poder, de culto a los hijos de Mamón y de codicia por el puesto político, no creas que no hay hombres a la antigua usanza a los que reverenciar, que no hay almas heroicas ni caballerescas capaces de preservar su nobleza y grandeza de espíritu en el caos de pasiones, ambición y vileza que se arremolina en torno a ellas.

Es bastante cierto que los gobiernos tienden a conspirar contra la libertad; o, donde existen urnas, a caer por lo general en tales manos que poco de noble o caballeresco puede apreciarse entre aquellos que rigen y conducen al pueblo. Es verdad que los hombres, en estos tiempos, resultan distinguidos por otras cosas, y personajes que en la época caballeresca hubiesen sido despreciados por su falta de gentileza y valor pueden tener nombre y fama, y rodearse de aduladores y lacayos, y recibir la ofrenda de la lisonja. Y es cierto que tales hombres tienen

tantas probabilidades como cualquier otro de ser votados por la multitud, que rara vez discierne, ama o acepta la verdad; que persigue la fortuna, odiando a la víctima de la opresión y acudiendo siempre rauda a venerar al próspero; que ama la acusación y detesta las disculpas, y que siempre se complace en escuchar y está dispuesta a creer falsedades de aquellos que no se preocupan por ganar su favor y no persiguen su aplauso.

Pero ningún país puede existir de manera mantenida en el tiempo sin hombres de esfuerzo heroico, capaces de dejar su sello; de hombres de cuya palabra ningún hombre osaría dudar, cuya virtud brille resplandeciente en todas las calamidades y adversidades, y entre todas las tentaciones, y cuyo honor destelle tan pura y perfectamente como el diamante. Hombres que no sean por entero esclavos de las ocupaciones materiales y placeres de la vida, que no estén absortos por completo por los negocios, la cría de ganado, el fraude y el dolo en el pago de impuestos, las argucias legales, la envidia política, en el mezquino mercadeo de literatura inmoral, las vanidades insustanciales y la eterna disipación.

Toda generación, en todo país, lega a los que les suceden espléndidos ejemplos y grandes imágenes de los muertos para su admiración e

imitación; así sucedió entre los romanos bajo los más perversos emperadores; así sucedió en Inglaterra guando gobernó el Parlamento Largo, y en Francia durante sus Saturnales de irreligión y asesinato, y algunos de esos grandes han ennoblecido los anales de los Estados Unidos.

Cuando las cosas tienden a ese estado y condición en el que, en cualquier país bajo el Sol, el gobierno de sus asuntos y los hábitos de su pueblo precisan que los hombres alimenten la desconfianza en la virtud y el honor de aquellos que emiten y aquellos encargados de hacer cumplir las leyes; cuando existe en todas partes un espíritu de sospecha y desdén hacia aquellos que ocupan o aspiran a un cargo público, o que han amasado riquezas; cuando la falsedad no supone un deshonor para un hombre, y los juramentos no son garantía de testimonio veraz, y un hombre a duras penas espera lealtad de otro, o que exprese sus verdaderos sentimientos, o que sea leal a cualquier partido o cualquier causa mientras otro se le aproxime con un soborno; cuando nadie espera que lo que ha dicho sea impreso sin adiciones malintencionadas y tergiversaciones; cuando la desgracia del pueblo se torna en beneficio privado, la prensa se complace en relatar indecencias y en el púlpito se pronuncian arengas políticas como si fuesen largas oraciones

a Dios, elocuentemente pronunciadas ante la admiración del público; cuando la rectitud de los jueces es puesta en duda y la honestidad de los legisladores es objeto de burla; entonces los hombres comienzan a dudar si los viejos tiempos no eran mejores que los nuevos, si el monasterio no era mejor que el teatro de comedias, si la pequeña capilla no era mejor que el salón de bebida, o los conventos mejor que las grandes fábricas exentas de su antigüedad, belleza y santidad, templos aquerusianos desde los que el caminante escucha salir de dentro el tañer y el bruñir y el ruido de la maquinaria y donde, cuando la campana suena, es para llamar a los desdichados al trabajo y no a la oración; donde, según un agudo escritor, se rinde un culto perenne al Diablo mientras no se da a los hornos descanso para que se enfríen.

Se ha dicho con propiedad que todo aquello que nos aleja del dominio de nuestros sentidos, lo que quiera que haga predominar el Pasado, lo Distante o el Futuro sobre el Presente, nos hace progresar en la dignidad de seres racionales. Los modernos imitadores de la alta sociedad, con sus ademanes pretenciosos y sus ropas de gala baratas, sus caprichos y frivolidades, sus crónicas de bailes y fiestas de mal gusto, sus gacetas llenas de nombres de señoras y sus vestidos, resultan un

pobre sustituto de los monasterios e iglesias que nuestros antepasados erigieron en la profundidad de remotos valles, entre agrestes montañas y bosques de sombríos pinos. Y cualquier hombre de temperamento reflexivo, instruido y con sentido poético, estaría satisfecho de poder cambiar el hotel extravagante envuelto en el tumulto y griterío de la ciudad, o la pretenciosa taberna de la capital, por un antiguo y humilde monasterio que encontrase por el camino, donde pudiese descansar y refrescar a su caballo sin tener que sufrir ni la soberbia, ni la impertinencia, ni la bellaquería, ni tener que pagar por pompas, oropeles ni condecoraciones. Entonces, cuando pudiese elevar sus oraciones en el interior de una iglesia que resonase con divina armonía, allí donde no se asignasen los bancos de la iglesia según la riqueza, y donde pudiese encontrar al pobre feliz y edificado y fortalecido con los pensamientos del Cielo, allí podría conversar con hombres gentiles, instruidos y santos, y antes de partir exaltar y calmar su espíritu escuchando el canto del atardecer.

Incluso la Masonería ha multiplicado tanto su membresía que sus obligaciones no son más observadas que las simples promesas que unos hombres hacen a otros en las calles y los mercados. Clama por la popularidad pública y la

notoriedad cortesana, al punto de aparecer en las columnas de sociedad; y, enfangada en la ley, lleva sus disputas a los tribunales. En algunos Orientes, las elecciones son conducidas con acaloramiento e impaciencia, persiguiendo el Oficio y realizando maniobras políticas en pos del puesto. Y gracias a una pompa vacía, a la vestimenta y a un entrenamiento semimilitar llevado a cabo por ciudadanos pacíficos, deslumbrante con sus estandartes de colores, penachos, y joyas estrafalarias y ostentosas, obtiene el favor del público y la admiración femenina esta Orden que aguanta la comparación con los nobles Caballeros o los heroicos guerreros embutidos en cuero y metal, austeros en su desprecio del peligro y la muerte, que han perdurado en un recuerdo imborrable, Caballeros que arrebataron Jerusalén a los infieles y batallaron en Acre y Ascalón, y que eran el baluarte de la Cristiandad contra las legiones sarracenas que militaban bajo el pendón verde del Profeta Mahoma.

> Si vos, Señor……. deseáis ser tan respetable como un Caballero, y no únicamente un figurante de oropel y un caballero de paja, debéis poner en práctica, de forma diligente y ardorosa, las virtudes que habéis profesado en este

Grado. ¿Cómo puede ofrecer un Masón su voto de ser tolerante, e inmediatamente después denunciar a otro por sus opiniones políticas? ¿Cómo puede tomar voto de ser celoso y constante en el servicio a la Orden, y resultar tan inservible como si estuviese muerto y enterrado? ¿En qué le aprovechará el simbolismo del Compás y la Escuadra, si sus apetitos sensuales y más bajas pasiones no sólo no son sometidas, sino que dominan su sentido moral y su razón, del mismo modo que lo animal reina sobre lo divino y lo terrenal sobre lo espiritual, permaneciendo ambas puntas del Compás bajo la Escuadra? ¿Qué perversa burla es llamar «Hermano» a alguien, para después difamarlo ante los profanos, prestarle dinero con usura, defraudarle en el comercio o engañarle de forma torticera con las leyes?

¡Virtud, Verdad, Honor! Hallándoos en posesión de estas virtudes y siendo siempre fiel a vuestros votos, seréis digno de teneros por un Caballero a quien Sir John Changos, de encontrarse vivo, ofrecería su mano, y a quien San Luis, Falkland, Tancredo y Baltasar

Castiglione reconocerían como dignos de su amistad. La Caballería —dijo un noble español— es una Orden religiosa, y hay Caballeros en la Comunión de los Santos del Cielo. Por ello, dejad a un lado, en todo el tiempo por venir, cualquier sentimiento poco caritativo o indigno; en lo sucesivo, resistid a las pulsiones de la pasión indisciplinada y al celo inhumano; aprended a odiar los vicios pero no al que es presa de ellos; sed contento con el desempeño de vuestras tareas masónicas y caballerescas, y venerad con constancia esa Verdad que es tan sagrada e inmutable como el Dios mismo. Y, por encima de todo, recordad siempre que la envidia no es nuestra vida, ni la discordia nuestra salud, ni la venganza nuestra felicidad; sino que la Caridad lo es todo, y es mayor que la Esperanza, y mayor que la Fe, que puede mover montañas, y la Caridad es lo único que Dios nos exige, y en su práctica reposa el cumplimiento de todos nuestros deberes.

Il.Rvdo. Hermano W.W. Lord 32º

Hemos de reconocer que en estos tiempos, en esta Edad del Acero, los hombres adoran dioses

de madera, acero y metal, obra de sus propias manos. La máquina de vapor es el dios principal de este siglo XIX, y cuenta con idólatras por doquier; y seguramente aquellos que, en todo el orbe civilizado, proclaman el tremendo poder del vapor, también se tengan por dioses. Y debemos reconocer aquí, a nuestro pesar, que la mentalidad de nuestro tiempo se está estrechando, más que agrandando, por sus propios descubrimientos, y que ha perdido mucho más que ha ganado. Si bien no podemos ir tan lejos como la sátira de la autora, que dice lo siguiente del jactancioso hombre de nuestro siglo:

…dando su ancha espalda de necio a la gloria
de las estrellas…

...its broad clown's back turns broadly on the
glory of the stars,

sí podemos compartir sus siguientes versos:

Somos dioses por nuestro propio pensamiento
y bien podemos clausurar nuestros templos
mientras nos vanagloriamos del estruendo
de nuestras locomotoras,
envueltas en vapor de incienso,
pues nos dedicamos a nosotros mismos
aclamaciones de suficiencia y admiración

mientras exclamamos a cada paso:
«¡más rápido, oh, época maravillosa!
Poco importa si nuestras almas
son forjadas con la nobleza misma del acero,
o si los ángeles nos encomiendan
que vivamos como peregrinos.

We are gods by our own reckoning,
and may as well shut up our temples
And wield on amidst the incense-steam,
the thunder of our cars.
For we throw out acclamations
of self-thanking, self-admiring,
With, at every step, "Run faster,
O the wondrous, wondrous age!"
Little heeding if our souls are wrought
as nobly as our iron,
Or if angels will commend us
at the goal of pilgrimage.

Engañados por su incrementado, pero todavía muy imperfecto y limitado dominio de las fuerzas brutas de la naturaleza, los hombres imaginan haber descubierto los secretos de la Sabiduría Divina, y no titubean en poner la ciencia humana en el lugar de la divina. Los profetas anunciaron la destrucción de Tiro y Sidón, Babilonia, Damasco y Jerusalén como consecuencia de los

pecados de su pueblo; pero si ahora el fuego devora o el terremoto derrumba o el tornado arrasa una gran ciudad, aquellos que osan creer y decir que es castigo divino y que la voluntad de Dios se halla tras sus poderosos agentes, son vilipendiados como fanáticos y el vulgo se mofa de ellos por entonar cantos, o se reprocha la crueldad farisaica a aquellos que se aventuran a creer y dicen que hay castigo divino en la ruina provocada por Sus elementos.

La ciencia, que vaga en el error, se esfuerza por expulsar la Providencia de Dios y alejarla de nosotros, intentando sustituirla por lo que denomina Fuerzas de la Naturaleza o Fuerzas de la Materia. No percibirá que las Fuerzas de la Naturaleza son las distintas acciones de Dios. Por ello se convierte en antagonista de la Religión y de la antigua Fe que, desde la noche de los tiempos, ha iluminado el alma humana y le ha otorgado conciencia de su propia dignidad, su origen divino y su inmortalidad; Fe que es la Luz gracias a la cual el alma humana, por así decirlo, es capaz de percibirse a sí misma en su verdadera realidad. No solo está en peligro la religión, sino la base de todas las religiones, e incluso el credo religioso de la Masonería. Pues toda religión es deudora, desde su mismo origen, de la base sobre la que fue erigida: la proposición, considerada

innegable y axiomática, de que la Providencia de Dios rige en todos los sucesos y cambios de las cosas materiales.

La ciencia trata únicamente con fenómenos físicos, y no es más que charlatanería cuando parlotea acerca de las potencias o causas que los producen, o sobre la naturaleza de las cosas, ante lo cual se contenta con poner nombres. La ciencia no conoce más acerca de la luz, el sonido o el perfume de lo que los pastores arios sabían cuando contaban al Amanecer, el Fuego y la Luz entre los dioses. Y la ciencia atea no es ni siquiera media ciencia cuando adscribe el Universo y sus potencias y fuerzas a un sistema de leyes naturales o a una energía inherente a la Naturaleza, o a causas desconocidas, con existencia y acción independiente de cualquier poder divino o sobrenatural.

Esa teoría quedaría grandemente fortalecida si la ciencia fuese siempre capaz de proteger la vida y la propiedad y, con cualquier cosa parecida a la certeza de la que siempre alardea, asegurase los intereses humanos incluso contra los elementos destructivos que los propios hombres desarrollan en su esfuerzo por promoverlos. El Fuego, el cuarto elemento, tal y como los filósofos antiguos lo consideraban, resulta su servidor más útil y abyecto. ¿Por qué no puede el hombre prevenir el

incendio, viejo como Prometeo, viejo como Adán? ¿Por qué no puede estar seguro de que este elemento terrible no se desatará para elevarse con su tiránico poder destructor? Esto se debe a que el fuego es también una potencia de la Naturaleza, cuyas fuerzas son siempre superiores al hombre. También resulta así porque, en un sentido distinto al que es servidor del hombre, también es servidor de Aquel que hace de una lengua de fuego su ministro, Aquel que está por encima de la Naturaleza, del mismo modo que la Naturaleza está por encima del hombre. Hay poderes de la naturaleza que el hombre ni siquiera intenta medir o controlar. Nápoles no lucha contra el Vesubio. Valparaíso se limita a acompañar a la tierra en su temblor ante el inminente terremoto. Las sesenta mil personas que descendieron vivas a la tumba cuando Lisboa enterró a su población bajo la tierra y el mar ignoraban por completo las causas, y no hubiesen podido concebir un control sobre el poder que ocasionó su destrucción.

Y he aquí que el sirviente y, en cierto sentido, la creación del hombre, el esclavo de la cocina y la fábrica, el humilde esclavo de la lámpara en su empleo más servil, cuando aparece como una minúscula llama, o quizá una débil centella, de repente se sacude su quebradiza cadena, se escapa de su prisión y desencadena su furia

destructiva como si surgiese del mismo seno del Infierno sobre las moradas condenadas de cincuenta mil seres humanos, cada uno de los cuales se consideró previamente como señor del fuego. Y las osadas brigadas antiincendios, con su artillería acuática, que pretendían ser su conquistador, se quedan paralizados ante la presencia del verdadero vencedor.

En otros asuntos relativos a la seguridad e interés humanos hemos observado cuán confiada se vuelve la ciencia a cada pequeña victoria que protagoniza en la guerra del hombre con la naturaleza, y cuán gran tendencia muestra a ocupar el lugar de la Providencia, que es realmente la única ciencia absoluta. Poco antes del comienzo de este siglo, por ejemplo, la ciencia médica y sanitaria había experimentado, en el curso de unos pocos años, un amplio y maravilloso progreso. La gran plaga que asoló Europa en los siglos XIV y XV, y que reapareció en el XVII, había sido identificada con una enfermedad que cede ante el tratamiento científico, siendo su antigua virulencia atribuida a la falta de higiene y a los sucios hábitos de la época. Otro azote fatal como la viruela, que desfiguraba los rostros, había sido dominado en gran medida gracias al descubrimiento de la vacuna. Desde Sangrado a Sydenham, desde Paracelso a Jenner, el arte de la

sanación había sin duda protagonizado un gran paso adelante. La Universidad estaba a punto de proclamar entonces: «El hombre es mortal; la enfermedad siempre será fatal; pero no habrá más matanza innecesaria e irresistible a causa de enfermedades infecciosas, no habrá más mortandad general, ni más carnavales de terror ni festivales de muerte». Este alarde presuntuoso no se habría detenido en los labios de no ser porque, desde las profundidades misteriosas de la India más remota surgió un espectro, o más bien emergió un monstruo más temible que cualquier otra cosa que el ojo humano hubiese visto. Y con el mismo instinto de un tigre que siente el olor a sangre en el aire de la jungla, donde esta plaga surgió, este Destructor invisible, este terrible agente del Poder Altísimo, esta consecuencia tremenda de alguna causa suficiente, olió la pútrida atmósfera de Europa y se giró hacia Occidente en su marcha devastadora. Los millones de muertos que dejó a su paso a través de Asia no tuvieron posibilidad alguna. Estaban desarmados, ignorantes, indefensos, sin ayuda de ciencia alguna ni protegidos por ella. El cólera les resultaba tan inescrutable e irresistible como Azrael, el Ángel de la Muerte. Pero llegó a Europa y barrió los templos de la ciencia del mismo modo que barrió las aldeas indias y el

Kanato de Persia. Saltó tan silenciosamente y cayó con tal furor destructor sobre la población de muchas ciudades de altas torres, carreteras pavimentadas, purificadas y desinfectadas como lo hizo con los parias de Tanjore y las sucias calles de Estambul. En Viena, Londres, París, las escenas de la gran plaga se revivieron.

El enfermo comenzó en su cama
Los presentes corrieron a levantarse
Al grito de «¡Sacad vuestros muertos,
la carreta está en la puerta!».

The sick man started in his bed,
The watcher leaped upon the floor,
At the cry, Bring out your dead,
The cart is at the door!

¿Era este el juicio del Dios todopoderoso? Osado sería quien lo afirmase; pero más osado sería quien afirmase lo contrario. Al menos en el caso de París, esa Babilonia de Europa, ¿cuántas veces se han cumplido las antiquísimas palabras del profeta a la hija de los caldeos, la dama de los reinos: «Tu sabiduría y conocimiento te han pervertido, y en tu corazón has dicho "Solo yo soy, y nadie más aparte de mí". Por ello el mal caerá sobre ti; no sabrás de dónde surgió, y el pesar caerá sobre ti; y no podrás combatirlo; la

desolación se precipitará sobre ti de repente»?

Y qué decir de Londres. Parecería ser un castigo que la cólera asiática tuviese su origen en la avaricia y crueldad inglesas, como supuso quien vio su origen en el impuesto que Warren Hastings, entonces gobernador general de la India, impuso sobre la sal, suprimiendo así su uso entre millones de seres humanos comedores de raíces. Del mismo modo que esa sombra espectral se halla siempre en el dintel de América, originada por la avaricia y crueldad del mercado de esclavos, que trasladó la fiebre africana al amigable ambiente de las Indias Occidentales y Sudamérica, trayendo la fiebre amarilla a los primeros, y el vómito negro a los segundos.

Pero debemos ser cautelosos al inferir, desde nuestra ínfima lógica humana, la ética del Todopoderoso. Sea cual fuere la crueldad del mercado de esclavos, o la severidad de la esclavitud en los continentes e islas de América, deberíamos ser aún más perspicaces en lo que concierne a sus supuestas consecuencias, como para afirmar con ese gran y simple Casuista que otorgó al mundo la religión cristiana: «¿Supones que estos galileos eran los más pecadores de entre todos los galileos porque sufrieron tales cosas? O aquellos dieciocho sobre los cuales cayó la torre en Siloé, y los mató, ¿pensáis que

eran más culpables que todos los hombres que habitan en Jerusalén?». El castigo impide la represalia, incluso en las palabras. Una ciudad destrozada, quemada, destruida, desolada, una tierra convertida en erial, humillada, convertida en desierto y páramo, o portando la corona de espinas de la humillación y la opresión, queda investida con las sagradas prerrogativas e inmunidad de los muertos. La perversa indignación de los hombres ante su caída y ruina debería acallarse ante la presencia del castigo divino. «Perdonar es más sabio que vengarse», nos enseña nuestra Francmasonería, y «es mejor amar que odiar». Que aquel que ve en las grandes calamidades la mano de Dios guarde silencio, y sea temeroso de Su juicio.

Los hombres son grandes o pequeños en estatura según dispone Dios. Pero su naturaleza es grande o pequeña según disponen ellos mismos. Los hombres no nacen con almas grandes o pequeñas. Por medio de la propia voluntad uno no puede aumentar su estatura, pero sí puede agrandar su alma. Por un acto de voluntad puede convertirse en un gigante moral, o empequeñecerse como un pigmeo.

Hay dos naturalezas en el hombre, la elevada y la inferior, la grande y la mezquina, la noble y la innoble; y el hombre puede y debe, por medio de

sus actos voluntarios, identificarse con una u otra. La Masonería consiste en un esfuerzo continuado por exaltar la naturaleza más noble sobre la innoble, lo espiritual sobre lo material, lo divino sobre lo humano. En este gran propósito inciden y cooperan los Grados Caballerescos, junto con aquellos que imparten las magníficas lecciones de moralidad y filosofía. Magnanimidad, piedad, clemencia, y un temperamento misericordioso, son virtudes indispensables para el carácter de un perfecto Caballero. Cuando el principio inferior y perverso de nuestra naturaleza dice «No des; guarda tu beneficencia para los amigos empobrecidos, o al menos para extraños que sean impecables. No derrames tu caridad sobre los enemigos satisfechos, sino sobre aquellos amigos que comparten nuestras tribulaciones», el principio divino dice «Haz el bien a aquellos que te odian, pues si únicamente amas a los que te aman, ¿qué recompensa mereces? ¿Acaso no hacen eso los pecadores y los publicanos —es decir, los recaudadores de impuestos y los perversos opresores—, romanos armados y judíos renegados, a los que cuentas entre tus enemigos?».

XXX

Caballero Kadosh

A menudo obtenemos más provecho de nuestros enemigos que de nuestros aliados. «Solo nos apoyamos en aquello que resiste», y debemos nuestro éxito a la oposición. Los mejores aliados de la Masonería en Norteamérica fueron los antimasones de 1826, al mismo tiempo que fueron sus peores enemigos. Los hombres son autómatas en manos de la Providencia, que emplea al demagogo, al fanático y al truhán (trinidad muy común en las Repúblicas) como sus herramientas e instrumentos para llevar a cabo planes que ellos no serían capaces ni de soñar, mientras se imaginan comisionados para impedir tales planes. Los antimasones, entre los que se encontraban traidores, perjuros y algunos que eran meros truhanes políticos, purificaron a la Masonería con su persecución, resultando ser sus benefactores; pues aquello que es perseguido, crece. A ellos debemos su actual renombre, la popularización de sus Grados, la afluencia a las Logias —que ya no son selectos santuarios—, su pompa y esplendor, y su exagerado despliegue.

Hace cien años se supo que los Kadosh eran los Templarios bajo otra denominación, de forma

que el Grado fue proscrito y, al dejar de ser trabajado, quedó como una mera ceremonia breve y vestigial llevada a cabo bajo otro nombre. Ahora, desde la tumba donde se pudrió tras sus crímenes, Clemente V clama contra los sucesores de sus víctimas en la Alocución de Pio Nono contra los Masones. Los fantasmas de los Templarios muertos acechan al Vaticano, turbando el duermevela de un papado paralizado, el cual, temeroso de los muertos, decreta excomuniones y anatemas impotentes contras los vivos. Es una declaración de guerra, y era necesario transformar la apatía y la indolencia en acción.

Un enemigo de los Templarios nos explicará el secreto de la hostilidad papal contra esta Orden que ha existido durante siglos a pesar de sus anatemas, teniendo sus santuarios en Asyla e incluso en Roma.

Será fácil, conforme leamos, separar lo verdadero de lo falso, las conjeturas aventuradas de los simples hechos:

> Un poder que gobernase sin antagonismo y sin competencia, y consecuentemente sin control, resultaba fatal para la Curia. Mientras, por otro lado, las Repúblicas habían perecido en el conflicto por las libertades y el sufragio, pues en ausencia

de todo deber jerárquicamente sancionado y puesto en vigor, pronto se habían convertido en meras tiranías rivales entre sí. Para encontrar un punto medio estable entre estos dos abismos, la idea de los hierofantes cristianos fue crear una sociedad consagrada a la abnegación por medio de unos votos solemnes protegidos por una severa regla. Los miembros de esta orden serían reclutados por iniciación, y siendo los únicos depositarios de los grandes secretos religiosos y sociales, pondrían reyes y crearían pontífices sin exponerse a las corrupciones del poder. En ellos se hallaría el secreto del Rei-no de Cristo Jesús, el cual, sin ser de este mundo, gobernaría todas sus grandezas.

Esta idea era la dominante en la fundación de las grandes órdenes religiosas, tan frecuentemente en guerra con las autoridades seculares, eclesiásticas o civiles. Su realización fue también el sueño de las sectas disidentes de los Gnósticos o los Illuminati, quienes pretendían conectar su fe con la primitiva tradición del Cristianismo joánico. Finalmente el Temple se convirtió en una amenaza para la Iglesia y la sociedad,

cuando esta Orden rica y disoluta, iniciada en las misteriosas doctrinas de la Cábala, pareció dispuesta a subvertir el principio de autoridad, amenazando al mundo entero con una inmensa revolución.

Los Templarios, cuya historia es tan imperfectamente conocida, fueron esos terribles conspiradores. En 1118, nueve caballeros cruzados que se hallaban en Oriente, entre los que se encontraban Godofredo de Saint-Omer y Hugues de Payns, se consagraron a la religión, prestando juramento entre las manos del Patriarca de Constantinopla, sede siempre hostil a Roma —tanto abierta como secretamente— desde los tiempos de Focio. El propósito reconocido de los Templarios era proteger a los cristianos que acudían a visitar los Santos Lugares. El fin secreto era reconstruir el Templo de Salomón según el modelo profetizado por Ezequiel.

Esta reconstrucción, formalmente anunciada por los místicos judaizantes de las primeras épocas, se había convertido en el sueño secreto de los Patriarcas de Oriente. El Templo de Salomón, reconstruido y consagrado al culto

católico, se convertiría efectivamente en la Metrópolis del Universo; el Oriente prevalecería sobre el Occidente, y los Patriarcas de Constantinopla se apoderarían del poder papal.

Los Templarios, o Pobres Comilitones del Templo de Salomón, el cual intentaban reconstruir, encontraron como modelo, en la Biblia, a los Masones Guerreros de Zorobabel, que trabajaban sosteniendo la Espada en una mano y la Trulla en la otra. A esto se debe que la Espada y la Trulla sean la insignia de los Templarios, quienes posteriormente, como veremos, se ocultaron bajo el nombre de *Hermanos Masones* (este nombre, *Frères Maçons* en francés, adoptado como referencia a los constructores del Segundo Templo, se transformó en *Freemasons* en inglés, del mismo modo que Pitágoras de Crotona se transformó en *Peter Gower de* Groton en Inglaterra). Khairum o Khurum (nombre malinterpretado como Hiram, que proviene de un artesano del bronce y otros metales), se convirtió en el Arquitecto Jefe del Haikal Kadosh, la Santa Casa, el Templo; y las palabras Bonai y Banaim aún todavía aparecen en los grados masónicos con el

significado de Constructor y Constructores.

La Trulla de los Templarios es cuádruple, siendo dispuesta en forma de cruz para constituir la denominada Cruz de Oriente. El Caballero de Oriente, y el Caballero de Oriente y Occidente, llevan en sus títulos secretas alusiones a los Templarios, de quienes fueron sus primeros sucesores.

El pensamiento secreto de Hugues de Payns al fundar la Orden no consistía exactamente en servir a la ambición de los Patriarcas de Constantinopla. En ese período existía en Oriente una secta de cristianos joánicos que afirmaban ser los únicos verdaderos iniciados en los misterios reales de la religión del Salvador. Pretendían conocer la verdadera historia de Jesús el Ungido y, adoptando en parte las tradiciones hebreas y los textos del Talmud, sostenían que los hechos narrados en los Evangelios no eran sino alegorías, cuya clave era ofrecida por San Juan al decir que el mundo podría ser repleto con los libros que podrían escribirse acerca de las palabras y hechos de Jesucristo; palabras que, consideraron, serían únicamente una exageración ridícula

si no estuviesen hablando de una alegoría y una leyenda, susceptible de ser variada y prolongada hasta el infinito.

Los joánicos atribuyeron a San Juan la fundación de su Iglesia Secreta, y los Grandes Pontífices de la secta asumieron el título de Christos, Ungido, o Consagrado, y sostenían haberse sucedido uno tras otro desde San Juan por una sucesión ininterrumpida de poderes pontificios. Aquel que, en el período de la fundación de la Orden del Temple, reclamaba para sí tales prerrogativas imaginarias, era Teocleto. Teocleto conoció a Hugues de Payns, le inició en los Misterios y esperanzas de su pretendida iglesia, le sedujo con las nociones del Sacerdocio Soberano y la Suprema Realeza, y finalmente le designó como su sucesor.

De esta forma la Orden de Caballeros del Temple fue en su mismo origen devota a la causa contraria a la Tiara de Roma y a la Corona de los Reyes, siendo sus jefes investidos con el Apostolado del Gnosticismo Cabalístico. Pues el mismo San Juan fue el Padre de los Gnósticos, y la interpretación actual de la polémica

contra los herejes de su secta y los paganos que negaban que Cristo fuese la Palabra es, de principio a fin, una distorsión, o al menos una malinterpretación, de todo el Espíritu de ese Evangelio.

Las intenciones y preceptos de la Orden quedaron envueltas en un profundo misterio, mientras externamente se profesaba la más perfecta ortodoxia. Únicamente los jefes conocían el propósito de la Orden. Los subalternos les seguían sin desconfianza.

Adquirir influencia y riquezas, para a continuación intrigar, cuando fuese preciso luchar, y establecer el dogma joánico o gnóstico y cabalístico, eran los objetivos y medios propuestos a los Hermanos iniciados. «El Papado y las monarquías rivales», les decían, «pueden ser comprados y vendidos en estos días, y convertirse en corruptos, y quizá mañana se destruyan entre sí. Todo ello se convertirá en la herencia del Temple. El mundo pronto vendrá a nosotros para elegirnos como Soberanos y Pontífices. Nosotros restableceremos el equilibrio del Universo, y regiremos sobre los monarcas del Mundo.

Los Templarios, como el resto de órdenes y asociaciones secretas, tenía dos doctrinas: una oculta y reservada para los Maestros, que eran las enseñanzas joánicas; y otra pública, que era el Catolicismo Romano. De este modo engañaban a los adversarios a los que querían suplantar. Y por ello la Francmasonería, que el vulgo considera que comenzó con los arquitectos dionisíacos o los canteros alemanes, adoptó a San Juan Evangelista como uno de sus patronos, asociándolo, con el fin de no despertar sospechas por parte de Roma, a San Juan Bautista, y de este modo proclamándose de manera encubierta hija de la Cábala y los Esenios al mismo tiempo, pues la doctrina joánica de los adeptos era la Cábala de los primeros gnósticos, que degeneró posteriormente en las formas heréticas en que el Gnosticismo se desarrolló, al punto de que incluso Manes encontró sus seguidores entre ellos. Muchos adoptaron su doctrina de los dos principios, de donde provienen la empuñadura de nuestra daga y el pavimento mosaico del suelo. Y donde quiera, en los Altos Grados, que el blanco y el negro se hallen en juxtaposición, será alusión a los dos principios de Zaratustra y Manes. En otras ocasiones la doctrina se convirtió en un panteísmo místico, heredero del de los brahmines, que empujaba a idolatrar la Naturaleza y a odiar

cualquier dogma revelado. A todo esto conducía inevitablemente la absurda lectura de la Iglesia oficial, que interpretó de forma literal el lenguaje figurativo, alegórico y mítico de una colección de libros orientales de distintas épocas. El mismo resultado aconteció mucho tiempo después, cuando se consideró a los libros hebreos como escritos por el poco imaginativo, duro y práctico intelecto de la Inglaterra de Jaime I y la intolerante inmutabilidad del protestantismo presbiteriano escocés.

Los Templarios profesaban unas ideas que rápidamente les harían ganar adeptos, pues simpatizaban con los credos destronados, a la vez que sustentaban la esperanza de los nuevos cultos, prometiendo libertad de conciencia a todos, y una nueva ortodoxia que sería la síntesis de todos los credos perseguidos (es absurdo suponer que un hombre intelectualmente formado adorase a un ídolo monstruoso denominado Bafomet, o reconociese a Mahoma como profeta inspirado). Su simbolismo, inventado siglos antes para ocultar lo que era peligroso reconocer, fue naturalmente malinterpretado por aquellos que no eran adeptos, pareciendo panteísmo a sus enemigos. El becerro de oro hecho por Aarón para los israelitas no era más que uno de los bueyes bajo el Mar de Bronce, y el querubín

sobre el propiciatorio fue erróneamente comprendido. Los símbolos del sabio se convierten siempre en los ídolos de a multitud ignorante. Lo que los Jefes de la Orden realmente creían y enseñaban era indicado a los adeptos por las figuras contenidas en los Altos Grados de la Francmasonería, y por los símbolos que únicamente los Adeptos comprenden (los Tres Grados Simbólicos no son más que el pórtico exterior del Templo. Parte de los símbolos son mostrados allí al Iniciado, pero es intencionadamente confundido con falsas interpretaciones. No se pretende que él las comprenda. Su verdadero contenido queda reservado para los adeptos, los Príncipes de la Masonería. El cuerpo completo del Arte Sacerdotal y Real fue escondido tan cuidadosamente hace siglos, en los Altos Grados, que en ocasiones resulta imposible solventar muchos de los enigmas que encierra. Es suficiente, para la masa de los que se denominan Masones, imaginar que todo está contenido en los Grados Simbólicos; y aquel que intente sacarlos del error se esforzará en vano, y violará sus juramentos de Adepto, sin obtener recompensa alguna a cambio. La Masonería es la auténtica Esfinge, enterrada hasta la cabeza en las arenas acumuladas alrededor con el paso de los siglos).

Las semillas de la decadencia fueron sembradas en la Orden del Temple en su mismo origen. La hipocresía es una enfermedad mortal. La Orden ha-bía concebido una gran obra que era incapaz de llevar a cabo, porque no conoció ni la humildad ni la abnegación, porque Roma era entonces invencible, y porque los jefes posteriores de la Orden no comprendieron su misión. Más aún, los Templarios adolecían en general de falta de educación, y no contaban con la cualificación necesaria para gobernar, resultando únicamente capaces de blandir la espada y de encadenar a esa reina del mundo que es la libre opinión (las doctrinas de los Jefes, de ser expuestas al vulgo, le habría resultado palabrería de locos. Los símbolos del sabio son los ídolos del vulgo, y le resultan tan faltos de sentido como los jeroglíficos de Egipto a los nómadas árabes. Siempre debe haber para la masa de Iniciados una interpretación aceptable de los símbolos que resultan elocuentes para los Adeptos).

El mismo Hughes de Payns no tenía ese intelecto visionario y entusiasta, ni la grandeza que posteriormente distinguió al fundador de otra orden militar que resultó formidable para los reyes. Los Templarios no eran inteligentes, y por ello no pudieron gozar del éxito de los Jesuitas.

El objetivo inmediato de los Templarios era amasar riquezas para poder comprar el mundo. Consiguieron ser opulentos, y en 1312 poseían sólo en Europa más de nueve mil encomiendas. Se volvieron insolentes, y de forma irreflexiva mostraron su desprecio por las instituciones sociales y religiosas que pretendían derribar. Su ambición fue fatal para ellos. Sus objetivos fueron adivinados e impedidos. Roma, más intolerante con la herejía que con el vicio y el crimen, llegó a temer a la Orden, y el temor es siempre cruel. Roma siempre ha considerado la verdad filosófica como la más peligrosa de las herejías, y nunca le han dolido prendas en pronunciar falsas acusaciones por medio de las cuales aplastar la libertad de pensamiento. El Papa Clemente V y el Rey Felipe el Hermoso dieron la señal a Europa, y los Templarios fueron atrapados en una inmensa red, siendo desarmados y arrojados a las mazmorras. Nunca se llevó a cabo un golpe de estado con semejante concierto de acción. El mundo entero se estremeció de estupor, y aguardó con avidez las extrañas revelaciones de un proceso cuyo eco resonaría a través de los siglos. Era imposible desvelar al pueblo la conspiración de los Templarios contra los tronos y la Tiara. Resultaba imposible exponer la doctrina de los Jefes de la Orden, pues habría supuesto iniciar a

la multitud en los secretos de los Maestros, levantando así el velo de Isis. De modo que hubo que recurrir al cargo de brujería, para lo cual se encontraron falsos acusadores y testigos sin dificultad. Cuando las tiranías temporales y espirituales se unen para aplastar a una víctima nunca faltan quienes desean ser sus instrumentos. Los Templarios fueron acusados de escupir sobre Cristo, de renegar de Dios en sus asambleas, de graves obscenidades, de mantener trato con súcubos y de adorar a un ídolo monstruoso.

El final del drama es bien conocido, del mismo modo que lo es cómo Jacques de Molay y sus comilitones perecieron en las llamas. Pero antes de su ejecución, el jefe de la orden condenada organizó e instituyó lo que posteriormente se daría en llamar la Masonería Oculta, Hermética o Escocista. En la penumbra de la prisión, el Gran Maestre creó nuestras Logias metropolitanas, en Nápoles al Oriente, en Edimburgo al Occidente, en Estocolmo a Septentrión, y en París al Mediodía (la iniciales de su nombre, J# B# M#., que aparecen en el mismo orden en los tres primeros grados, no es más que una de las muchas pruebas internas y contundentes de que tal fue el origen de la Francmasonería. La leyenda de Osiris fue revisada y adoptada, con el fin de simbolizar la destrucción de la Orden; y la

resurrección de Khirum, asesinado en el templo del cuerpo de Hiram Abiff, el Maestro, como mártir de la fidelidad a la obligación impuesta por la Verdad y la Conciencia, profetizaba la restauración a la vida de la orden enterrada.

El Papa y el Rey perecieron poco después de manera extraña y repentina. Esquín de Florián, el principal denunciante de la Orden, murió asesinado. Al romper la espada de los Templarios, hicieron de ella un puñal; y en lo sucesivo sus trullas proscritas únicamente construyeron tumbas. La Orden desapareció de golpe. Sus tierras y bienes fueron confiscados, y aparentemente cesó de existir. Sin embargo sobrevivió, bajo otros nombres y gobernada por jefes desconocidos, revelándose únicamente a aquellos que, al pasar tras una serie de Grados, demostraron ser dignos merecedores del peligroso secreto. Las órdenes modernas que se denominan a sí mismas templarias se han apropiado de un nombre del que distan mucho de ser legítimas herederas.

Los sucesores de los antiguos adeptos Rosacruces, al abandonar gradualmente la austera y jerárquica ciencia de la Iniciación que heredaron de sus ancestros, se convirtieron en una secta mística, con una honda relación con los Templarios, entremezclándose los dogmas de

ambas, creyendo ser los únicos depositarios de los secretos de Evangelio de San Juan, y viendo en él una serie alegórica de ritos susceptibles de ser empleados para completar la Iniciación.

Los Iniciados, de hecho, creyeron que su tiempo había llegado en el siglo XVIII, unos para fundar una nueva jerarquía, otros para derribar toda autoridad, y para hacer tabula rasa de todas las cumbres del Orden Social bajo el nivel de la Igualdad.

Los significados místicos de la Rosa como símbolo deben ser buscados en los Comentarios Cabalísticos a las Cantigas.

La Rosa era para los Iniciados el símbolo vivo y floreciente de la revelación de las armonías del ser. Era el emblema de la belleza, la vida, el amor y el placer. Flamel, o el Libro del Judío Abraham, lo convirtieron en signo jeroglífico de la culminación de la Gran Obra. Tal es la clave del Romance de la Rosa. La conquista de la Rosa era el problema postulado por la Iniciación, mientras la Religión trabajaba para preparar y establecer el triunfo, exclusivo y definitivo, de la Cruz.

Unir la Rosa y la Cruz era el problema propuesto por la Alta Iniciación. Y de hecho, dado que la Filosofía Oculta es la Síntesis Universal, esta debería explicar todos los

fenómenos del Ser. La religión, considerada únicamente como hecho fisiológico, consiste en la revelación y satisfacción de una necesidad del alma. Su existencia es un hecho científico; negarla, es negar la humanidad misma.

Los rosacruces respetaban la religión dominante, hegemónica y revelada. Por consiguiente no podían ser enemigos del Papado, del mismo modo que no podían serlo de las Monarquías legítimas, y si conspiraron contra ellos fue porque los consideraron personalmente como apóstatas de su deber y promotores supremos de la anarquía. Pues, ¿qué si no es un déspota, ya sea temporal o espiritual, sino un anarquista coronado? Uno de los magníficos pentáculos que expresan la parte esotérica e impronunciable de la Ciencia es una Rosa de Luz, en cuyo centro una forma humana extiende sus brazos en forma de cruz.

Se han escrito incontables comentarios y estudios sobre la Divina Comedia de Dante, y aun así ninguno, que sepamos, ha destacado su carácter especial. El trabajo del gran Ghibellin es una declaración de guerra contra el Papado por medio de osadas revelaciones de los Misterios. La épica de Dante es joánica y gnóstica, una audaz aplicación —como la del Apocalipsis— de las figuras y números de la Cábala a los dogmas

cristianos, así como una negación secreta de lo absoluto de dichos dogmas. Su viaje a través de los mundos sobrenaturales es culminado como la iniciación en los Misterios de Eleusis y Tebas. Escapa de ese golfo del infierno sobre cuya puerta figuraba escrita la leyenda de la desesperación *invirtiendo las posiciones de su cabeza y sus pies, es decir, adoptando la dirección opuesta al dogma católico*; tras lo cual reasciende a la Luz, empleando al mismo Diablo como escalera monstruosa. Fausto asciende al Cielo apoyando su pie sobre la cabeza del vencido Mefistófeles. El Infierno es únicamente infranqueable para aquellos que no sabrían regresar de él. Nos liberamos de su atadura por medio de la audacia. Su Infierno no es sino un Purgatorio negativo. Su Cielo se compone de una serie de círculos cabalísticos, divididos por una cruz, como el Pentáculo de Ezequiel. En el centro de esta cruz brota una rosa, y vemos el símbolo de los adeptos de la Rosacruz públicamente expuesto por primera vez, y casi categóricamente explicado, dado que Guillermo de Lorris, que falleció en 1260, cinco años antes de Alighieri, no había completado su Romance de la Rosa, que fue continuado por Chopinel medio siglo después. Causa asombro percatarse de que el Romance de la Rosa y la Divina Comedia son dos formas

opuestas de una misma obra, la iniciación del espíritu, una sátira de todas las instituciones contemporáneas, y la fórmula alegórica de los grandes secretos de la Sociedad de los Rosacruces. Las manifestaciones importantes del Ocultismo coinciden con el período de caída de los Templarios; desde Jean de Meung o Chopinel, contemporáneo de Dante, estas manifestaciones florecieron en la corte de Felipe el Hermoso. Se trata de un libro profundo, bajo la apariencia de una frivolidad, una revelación tan erudita como la de Apuleyo de los Misterios del Ocultismo. La Rosa de Flamel, la de Jean de Meung, y la de Dante, germinaron en la misma rama.

El sistema de Swedenborg no era sino la Cábala, con la salvedad del principio de Jerarquía. Era el Temple, sin su piedra angular y cimiento. Cagliostro era agente de los Templarios, y por ello escribió a los Francmasones de Londres afirmando que había llegado el momento de retomar la construcción del Templo Eterno. Había introducido en la Masonería un nuevo rito denominado Egipcio, e intentó resucitar el misterioso culto a Isis. Las tres letras L# P# D# de su sello eran iniciales de las palabras «Lilia pedibus destrue», *destruye los lirios* (*lis*, por el emblema de la monarquía francesa) *pisoteándolos*, y en una medalla francesa del

siglo XVI o XVII aparece una espada cortando el tallo de un lirio, junto con las palabras «Talem dabit ultio messem», *vengaré esta cosecha*.

Una Logia consagrada bajo los auspicios de Rousseau, el fanático ginebrino, se convirtió en centro del movimiento revolucionario de Francia, y un príncipe de sangre real acudió a la tumba de Jacques de Molay a jurar la destrucción de los sucesores de Felipe el Hermoso. Los registros de la Orden Templaria dan fe de que el Regente, el Duque de Orléans, era Gran Maestro de esa formidable sociedad secreta, y que sus sucesores fueron el Duque de Maine, el Príncipe de Borbón-Condé y el Duque de Cossé-Brissac. Los Templarios labraron la ruina del Rey: le salvaron de la ira del pueblo, para exasperar esa furia y desencadenar la catástrofe preparada durante siglos. Tal era el cadalso que la venganza de los Templarios exigía. Los instigadores secretos de la Revolución Francesa habían jurado arrojar el Trono y la Tiara sobre la tumba de Jacques de Molay. Cuando Luis XVI fue ejecutado, la mitad del trabajo estaba hecho; en lo sucesivo el Ejército del Temple dirigiría todos sus esfuerzos contra el Papado.

Quizá Jacques de Molay y sus comilitones fueron mártires, pero sus vengadores deshonraron su memoria. La realeza se regeneró en el patíbulo

de Luis XVI, y la Iglesia triunfó en el cautiverio de Pio VI, conducido prisionero a Valence-sur-Rhône, donde murió de fatiga y pesar. Pero los sucesores de los antiguos Caballeros del Temple perecieron, abrumados por su fatal victoria.

XXXI

Gran Inspector
Inquisidor Comendador

(Inspector Inquisidor)

Escuchar pacientemente, sopesar de manera reflexiva, deliberar y decidir de forma imparcial: estos son los deberes principales de un Juez. Tras las lecciones que has recibido, no abundaré en ellas. Siempre te las recordarán con elocuencia el mobiliario de nuestro Altar y la ornamentación del Tribunal.

La Santa Biblia te recordará tu juramento, y según juzgues aquí abajo, así serás juzgado en el futuro por Aquel que no debe someterse, como los jueces terrenales, a la triste tarea de inferir los motivos, intenciones y propósitos de los hombres (en los que básicamente todo delito consiste) a partir de los inciertos y, a menudo, inseguros testimonios de sus actos y palabras; pues los hombres buscan a tientas su camino en la espesa oscuridad con las manos extendidas hacia delante. Pero hay Uno para quien todo pensamiento, sentimiento, pulsión e intención de cada alma que es ahora, o que fue, o que será por toda la infinita

duración de la eternidad, resultará siempre presente y visible.

La Escuadra y el Compás, la Plomada y el Nivel, te son bien conocidos como Masón. Como Juez, te inculcan especialmente honestidad, imparcialidad, cuidadosa consideración de los hechos y las circunstancias, precisión en el juicio, y uniformidad en la decisión. Como Juez, igualmente, estás obligado a trabajar en la Escuadra, y sólo en la Escuadra. Como un Templo erigido con la Plomada, no puedes inclinarte a un lado o a otro. Como un edificio bien escuadrado y nivelado, debes ser firme y estar presto a defender tus convicciones de Derecho y Justicia. Como el círculo trazado por el Compás, debes ser preciso. Deberás pesar únicamente los hechos y la ley en la báscula de la Justicia, descartando la amistad o la enemistad personal, el temor y el favor. Y cuando ya no deba esperarse la reforma personal, deberás golpear despiadadamente con la espada de la justicia.

El símbolo peculiar y principal de este Grado es la Tetractys de Pitágoras, suspendida en el Oriente, donde brillan de ordinario las palabras o letras sagradas que, del mismo modo, representan a la Deidad. Sus nueve puntos externos forman el triángulo, símbolo principal en Masonería, con todos los significados que ya te resultan

familiares. Para nosotros, sus tres lados representan los atributos principales de la Deidad, que creó, y ahora, como siempre, soporta, mantiene y guía al Universo en su movimiento eterno. Representan igualmente las tres Columnas del Templo Masónico, que son emblema del Universo: Sabiduría, o infinita inteligencia divina; Fuerza, o Poder, la infinita voluntad divina; y Belleza, o la infinita armonía divina, la Ley Eterna, en virtud de la cual las infinitas miríadas de soles y mundos conti-núan brillando en sus incesantes órbitas sin choque o conflicto, en la infinitud del espacio, siendo el cambio y el movimiento la ley de todas las existencias creadas.

Para nosotros, como jueces masónicos, el triángulo representa las Pirámides, las cuales, plantadas firmemente como colinas eternas, y ajustadas a los cuatro puntos cardinales con toda precisión, desafiantes ante todo ataque de los hombres y el tiempo, nos enseñan a mantenernos firmes y estoicos como ellas, apoyando nuestros pies en la solidez de la verdad.

La Tetractys incluye una multitud de figuras geométricas, todas de profundo significado para los masones. El triple triángulo es peculiarmente sagrado, y ha sido siempre símbolo de la Deidad entre todas las naciones. Prolongando las líneas

externas del hexágono que también incluye, tenemos seis triángulos más pequeños, cuyas bases se entrecortan en el punto central de la Tetractys, que es siempre símbolo del poder generativo del Universo, el Sol, Brahma, Osiris, Apolo, Bel y la Deidad misma. Igualmente, también formamos doce triángulos aún más pequeños, tres veces tres de los que componen la Tetractys misma.

No voy a enumerar todas las figuras susceptibles de ser trazadas dentro de la Tetractys, pero hay una que no puede ser obviada. El Hexágono mismo puede representársenos en cierto modo como un cubo, aun no siendo visible a primera vista, y por ello es el símbolo adecuado de la fe en lo invisible, tan esencial para la salvación. El cubo es el primer sólido perfecto, y nos recuerda la piedra cúbica que sudó sangre, y la piedra depositada por Enoc. Nos enseña justicia, precisión y consistencia.

La infinita divisibilidad del triángulo nos enseña la infinitud del Universo, del tiempo, del espacio, y de la Deidad, como hacen las líneas que, divergiendo a partir de un centro común, aumentan por siempre la distancia entre ellas conforme se prolongan de forma infinita. Del mismo modo que pueden ser infinitas en número, así son infinitos los atributos de la Deidad; del

mismo modo que emanan de un centro para proyectarse hacia el espacio, así el universo entero ha emanado de Dios.

Recuerda también, Hermano mío, que tienes otras tareas que desempeñar aparte de las de un juez. Debes supervisar cuidadosa y minuciosamente el trabajo de los Cuerpos subordinados en la Masonería. Apreciarás que son relativamente pocos los recipiendarios de los Altos Grados, y que las personas no adecuadas para la Masonería son cuidadosamente excluidas, y que tanto en su vida como en sus conversaciones los masones dan testimonio de la excelencia de nuestras doctrinas y del incalculable valor de la institución misma. También debes ser inquisidor de tu propio corazón y conducta, y guardar cuidadosa vigilancia sobre ti mismo, de forma que no te pierdas. Si albergas mala voluntad, envidia, y brota en tu corazón la intolerancia y el fanatismo, así como la grosería ante la gentileza y los afectos amables, abriendo tu corazón de par en par a los primeros, y cerrándolo a los segundos, entonces es tiempo de que pongas en orden tu propio templo, o de otro modo portas en vano el nombre y la insignia de Masón, pues la naturaleza masónica no te ha penetrado.

En todas partes del mundo hay una ley natural, es decir, un modo constante de acción, que parece

pertenecer a la naturaleza de las cosas, a la constitución misma del Cosmos. Este hecho es universal. En los distintos departamentos lo denominamos con términos diferentes, como Ley de la Materia, Ley de la Mente, Ley Moral, etc. Con ello queremos poner nombre a un cierto modo de acción que rige tanto para las fuerzas materiales, como intelectuales o morales, el modo en que actúan, y en el que se encuentra el ideal por el que deben actuar siempre. Conocemos las leyes ideales de la materia únicamente porque siempre son obedecidas. Para nosotros, esa obediencia es la única evidencia de la regla ideal; pues en lo que se refiere al comportamiento del mundo material, lo *ideal* y lo *real* es lo mismo.

Tomamos conocimiento de las leyes de la materia a través de la observación y la experiencia. Antes de experimentar el hecho, ningún hombre hubiese podido decir que un cuerpo, cayendo hacia la tierra, descendería dieciséis pies durante el primer segundo, el doble durante el segundo, cuatro veces el tercero, y dieciséis veces el cuarto. Ningún proceso de nuestra conciencia es capaz de anticipar esta regla de acción en el mundo exterior, y lo mismo puede decirse para el resto de leyes de la materia. La ley ideal es conocida porque es un hecho. La ley es imperativa. Debe ser obedecida sin titubeo.

Las leyes de la cristalización, o de la proporción en la combinación química: ni en estas, ni en ninguna otra ley de la Naturaleza hay margen alguno para la desviación o la desobediencia. Únicamente la voluntad primigenia de Dios opera en el mundo material, no hay una voluntad secundaria y finita.

No hay excepciones a la gran ley general de la Atracción, que ata un átomo a otro en el cuerpo de un microbio únicamente visible por el microscopio, o a un orbe con otro orbe, o a un sistema con otro sistema; otorga unidad al mundo de cosas, y las reúne en un universo. Al principio parece haber excepciones a esta ley, como en el crecimiento y la descomposición, o en la repulsión eléctrica; pero finalmente resultan ser casos especiales de una única gran ley de atracción operando en modos distintos.

La variedad de efectos de esta ley sorprende al principio a los sentidos; pero finalmente la unidad de la causa asombra a la mente cultivada. Contemplado con referencia a este planeta, un terremoto no es más que una pequeña grieta que se abre en un jardín en un seco día de verano. Una esponja es porosa, y tiene pequeños espacios huecos entre la parte sólida; pues el sistema solar es únicamente más poroso, y dispone de más espacio entre sus distintas órbitas; y más aún el

Universo, con inmensos espacios entre los sistemas que parecen pequeños comparados con el espacio infinito, tan diminutos como los espacios que quedan entre los átomos que componen la masa de un minúsculo microbio, de los cuales hay millones en una gota de agua salada. La misma atracción mantiene unido al microbio, a la esponja, al sistema y el Universo. Cada partícula concreta de materia en ese Universo está relacionada con cada una de las demás partículas, siendo la atracción su nexo común.

En el mundo espiritual, el mundo de la conciencia humana, hay también una ley, un modo ideal de acción para las fuerzas espirituales del hombre. La Ley de la Justicia es tan universal como la Ley de la Atracción, aunque estemos muy lejos de ser capaces de reconciliar todos los fenómenos de la Naturaleza con ella. La alondra tiene el mismo derecho, a nuestros ojos, a vivir, cantar y a lanzarse por la atmósfera que tiene el halcón a extender sus fuertes alas bajo el Sol de verano; pero sin embargo el halcón se lanza sobre la alondra y la devora, del mismo modo que la alondra devora al gusano, y el gusano a las partículas vegetales. Y, hasta donde sabemos, no hay ningún lugar en ningún estadio futuro de la existencia animal donde se compense esta

aparente injusticia. Entre las abejas, una es la reina, mientras las demás obedecen; y unas trabajan mientras otras permanecen ociosas. Entre las hormigas, las soldados se alimentan del fruto del trabajo de las obreras. El león aguarda hasta que puede devorar al antílope que, aparentemente, tiene el mismo derecho a la vida que él. Entre los hombres, unos gobiernan y otros sirven, el capital dispone y el obrero obedece; y una raza, superior en intelecto, se aprovecha de los fuertes músculos de otra que es inferior. Y por todo eso, nadie impugna la justicia de Dios.

No hay duda de que estos variados fenómenos son consistentes con la una gran ley de justicia; y la única dificultad es que no podemos —desde luego que no podemos— comprender esa ley. Es fácil para cualquier teórico soñador y visionario afirmar que es evidentemente injusto que el león devore al ciervo, y que el águila cace y se coma al roedor; pero el problema es que desconocemos cualquier otro modo, conforme a la forma, la constitución y los órganos con que Dios les ha provisto, por el que el león pudiese sobrevivir. Nuestra pequeña medida de la justicia no es la medida de Dios. Su justicia no nos exige que aliviemos a los millones de esforzados obreros de toda labor, ni que emancipemos al siervo o al esclavo, incapaces de estar libres y exentos de

todo control.

Sin duda, debajo de todas las pequeñas burbujas que son las vidas, los deseos, voluntades y planes de los dos mil millones o más de seres humanos que viven en esta Tierra (pues no son más que burbujas a juzgar por el espacio y tiempo que ocupan en el gran y perdurable mar de la humanidad), no hay duda de que bajo todas ellas mora una fuerza eterna y afín, a la que cada uno da forma de este o aquel modo. Y por encima de todos preside la misma Providencia paternal, eternamente vigilante sobre lo pequeño y lo grande, produciendo una diversidad de efectos a partir de la Unidad de Fuerza.

Es totalmente cierto afirmar que la Justicia es la Constitución o Ley Fundamental de la Moral del Universo, la Ley del Derecho, regla de conducta para el hombre (como lo es para cualquier otra criatura), en todas sus relaciones morales. Sin duda todos los asuntos humanos (como el resto de asuntos) deben estar sujetos a esta ley suprema, de manera que lo que sea justo se afirme por sí solo y permanezca, y lo que sea injusto produzca constante conflicto y se derrumbe.

La dificultad estriba en que nunca erigimos nuestros juicios acerca de lo que es justo o injusto sobre la Ley de la Justicia, e insistimos además en

que Dios adopte nuestro criterio como Su ley, en lugar de esforzarnos por aprender, por medio de la observación y la reflexión, cuál es Su ley, para creer a continuación que esa ley debe ser consistente con Su infinita justicia, resultando irrelevante si se corresponde o no con nuestra limitada noción de la misma. En nuestra soberbia, nos tenemos por demasiado sabios, e intentamos siempre convertir nuestras nimias nociones en leyes universales de Dios.

Sería difícil para el hombre demostrar, incluso por su propio interés, si es justo o bueno someter al caballo o al buey a su servicio, dándoles a cambio únicamente su sustento diario, cuando Dios los ha creado en libertad sobre las verdes praderas y sabanas del mundo; o si es justo que matemos y comamos al ciervo indefenso que únicamente pace y pasta la verde hierba, los capullos y las jóvenes hojas, y bebe el agua que corre por los riachuelos y que Dios ha hecho para todos; o a la amable paloma, o al inocente cabritillo, y a otros muchos seres vivos que tan confiadamente se encomiendan a nuestra protección. Tan difícil, quizá, como demostrar que es justo que un hombre inteligente o adinerado pueda convertir a un hombre fuerte en su sirviente a cambio únicamente de un salario diario o por una magra alimentación.

Hallar esta ley universal de justicia es una cosa. Juzgar algo según nuestro pobre criterio, y pretender que eso sea la Justicia de Dios, es algo muy distinto. El Gran Plan General, y las Grandes Leyes Generales enunciadas por Dios, producen de manera continuada lo que ante nuestro limitado entendimiento es malo e injusto, por lo que hasta ahora los hombres únicamente han sido capaces de hallar una explicación satisfactoria en la hipótesis de otra existencia en la que toda desigualdad e injusticia de esta vida sea remediada y compensada. Según nuestro concepto de justicia, es muy injusto que un niño esté condenado de por vida a una vida miserable por una deformidad congénita o una enfermedad incurable, consecuencia de los vicios de su padre; y aun así forma parte de la ley universal. Los antiguos decían que el niño era castigado por los pecados de su padre. Nosotros decimos que tal malformación o enfermedad es consecuencia de los vicios de su padre; pero en lo que concierne a la cuestión de justicia o injusticia, no se trata más que del cambio de una palabra.

Es muy sencillo establecer un principio amplio y general que englobe nuestra propia idea de lo que es la justicia absoluta, e insistir en que todo debería conformarse a ella; afirmar «todos los asuntos humanos deben estar sujetos a esta ley

suprema. Lo que está bien coincide con ella, lo que entra en conflicto con ella está mal. Todos los nexos de amor propio, amistad, o de patriotismo, deben estar sujetos a esta gravitación universal para cumplir con el derecho eterno». El problema estriba en que este universo de necesidades creadas por Dios, esta cadena de causas y efectos y de vida evolucionada a partir de la muerte, esta interminable sucesión y acumulación de crueldades, no se ajustará a tal principio absoluto o arbitrario, sin importarle en cuán brillantes palabras u ostentosas frases pueda estar expresado.

Las leyes morales impracticables son siempre perjudiciales; pues dado que todos los hombres las incumplen, convierten virtudes reales en ofensas imaginarias contra una ley establecida. La justicia entre hombre y hombre, o entre el hombre y los animales inferiores a él, es aquella que, teniendo en cuenta las relaciones creadas por Dios entre ambas partes, y el cúmulo de circunstancias que las rodean, sea apta, adecuada y conveniente de ser llevada a cabo, mirando el bien tanto general como particular. Las relaciones que Dios ha creado y nos ha impuesto no deben ser sometidas a discusión en base a un principio teórico, sino que debemos ser juzgados, y absueltos o condenados, en base a nuestra

obediencia respecto a ellas.

Dios ha creado este gran Universo, y le ha dotado de unas leyes generales para su gobierno. Estas leyes rodean a todo ser vivo con una poderosa red imperativa. Dios escogió crear al tigre con órganos tales que no pudiese nutrirse de pastos, sino que hubiese de devorar la carne de otros, o perecer de hambre. También ha creado al hombre carnívoro, y algunos de los pájaros más pequeños lo son tanto como el tigre. Cada paso que damos, cada inspiración nuestra, implica la destrucción de una multitud de existencias animales, cada una de las cuales, sin importar su tamaño, está tan viva como nosotros. Y ha hecho necesaria entre la especie humana la división entre trabajo intelectual y manual. Y ha hecho necesarias las distintas relaciones de sociedad y dependencia, de obediencia y control.

Lo que ha sido creado necesario no puede ser injusto; pues si lo fuese, entonces Dios, el Gran Legislador, sería en Sí Mismo injusto. El mal a evitar es la legalización de la injusticia y el mal bajo la falsa apelación a la necesidad. De entre todas las relaciones de la vida surgen deberes que germinan tan natural e innegablemente como las hojas nacen de los árboles. Si bien tenemos el derecho, creado por la ley imperativa de Dios, de matar al cordero para que podamos alimentarnos

y vivir, no tenemos el derecho a torturarle para hacerlo, pues no hay justificación para ello. Tenemos derecho a vivir, si podemos hacerlo en justicia, por medio del ejercicio legítimo de nuestro intelecto, y tenemos derecho a alquilar o comprar la labor de los fuertes brazos de otros para labrar nuestros campos, excavar nuestras minas o trabajar en nuestras fábricas; pero no tenemos el derecho de sobrecargar de trabajo o de pagar míseramente al obrero.

No solo es cierto que podemos aprender la ley de la justicia moral, la ley del derecho, por medio de la experiencia y la observación; sino que además Dios nos ha dado una facultad moral, nuestra conciencia, que es capaz de percibir esta ley de forma directa e inmediata, por percepción intuitiva de la misma. Y es cierto que el hombre tiene en su naturaleza una regla de conducta más elevada que todo aquello a lo que ha llegado en vida: un ideal natural que le hace avergonzarse en su existencia real; porque el hombre siempre ha sido propenso a hacer de su propia necesidad, de las necesidades de la sociedad, una excusa para la injusticia. Recurso al que no debe apelarse demasiado, pues si sustituimos este ideal por la realidad, entonces es igualmente cierto que tenemos dentro de nosotros un concepto absoluto de lo bueno y malo, al que el Mismo Dios, en su

Gobierno del Mundo, nunca ha llegado, y al que Él (digámoslo reverencialmente) ofende a diario. Detestamos al tigre y al lobo por la rapacidad y el deseo de sangre propio de su naturaleza. Nos revelamos contra la ley por la que los miembros deformes y el cuerpo enfermo de un niño son fruto de los vicios de su padre; incluso pensamos que un Dios omnisciente y omnipotente no hubiese tenido que permitir el dolor, ni la pobreza, ni la esclavitud. Nuestro ideal de justicia es más elevado que la realidad creada por Dios. Pero esta realidad está bien, y todo lo demás está bien. Él nos ha dado ese sentido moral con fines sabios y benéficos. Aceptamos como prueba significativa de la nobleza inherente a la naturaleza humana el hecho de que pueda tener un ideal tan sublime. Y deberíamos luchar por alcanzarlo en la medida en que podamos compaginarlo con el sistema que Él ha creado y las circunstancias que nos rodean y nos tienen cautivos.

Si empleamos honestamente esta facultad de la conciencia; si, aplicándola a la realidad y a las circunstancias, la desarrollamos junto con los poderes que le son propios, deduciendo así los deberes que, para ese contexto y esas circunstancias, y acotados y limitados por ellas, aparecen como obligatorios para nosotros, entonces hallaremos la justicia, la ley del

derecho, la norma divina para la conducta en la vida humana. Pero si nos entregamos a la tarea de definir y establecer «el modo de actuar que corresponde a la naturaleza infinitamente perfecta de Dios» para así establecer cualquier regla ideal más allá del alcance humano, pronto acabaremos juzgando y condenando Su obra y las relaciones que Él ha tenido a bien crear en su infinita sabiduría.

El sentido de la justicia pertenece a la naturaleza humana, y es parte de la misma. Los hombres se regocijan de forma profunda y permanente en la justicia, no sólo en sus aspectos externos, sino también en su causa íntima, y aman por naturaleza las leyes justas, las reglas de conducta razonables, y la justicia impartida con un amor profundo. La justicia es el horizonte de la conciencia, y la llena del mismo modo que la luz llena el ojo o la verdad el intelecto.

La justicia mantiene equitativas las relaciones entre hombres. Mantiene el equilibrio entre las naciones, entre un hombre y su familia, tribu, nación y raza, de forma que sus derechos *absolutos* y los de los demás no interfieran, ni sus intereses *últimos* entren en colisión, ni los intereses eternos de uno resulten antagonistas de los de todos o uno en particular. Esto es lo que debemos profesar si creemos que Dios es justo.

Debemos hacer justicia a todos y esperarla de todos; es una deuda universal y una demanda humana universal. Pero podemos errar grandemente al definir qué es la justicia. Los intereses temporales, y lo que a ojos de los hombres son *derechos*, por lo general interfieren y chocan. Los intereses cotidianos del hombre suelen entrar en conflicto con los intereses permanentes y el bienestar de la sociedad, y lo que parecen ser derechos naturales de una raza o clase, entran en colisión con los de otras.

No es verdad que «un hombre, no importa cuán pequeño, no deba ser sacrificado a otro, por grande que sea, o a todos los hombres». Esto no solo es una falacia, sino que es una falacia extremadamente peligrosa. A menudo un hombre o muchos deben ser sacrificados, en el sentido ordinario del término, en aras del interés de muchos. Es una falacia que resulta cómoda para el egoísta, pues si, por la ley de la justicia, no pudiesen ser sacrificados en aras del bien común, entonces su país no tendría derecho a exigirles el sacrificio propio, y sería un necio aquel que sacrificase su vida, o sacrificase su hacienda e incluso sus lujos con el fin de garantizar la seguridad o prosperidad de su país. Según esta doctrina, Curtio era un necio, y Leónidas un idiota; y morir por la propia patria ya no sería

bello y glorioso, sino un acontecimiento únicamente absurdo. Y ya no se podría pedir al soldado común que pereciese para salvar la vida del gran comandante en cuyas manos se hallaban la libertad de su país y el bienestar de millones aún por nacer.

Al contrario, es cierto que la necesidad rige todos los asuntos de los hombres, y que el interés e incluso la vida de un hombre con frecuencia deben ser sacrificados al interés y bienestar de su país. Algunos deben soportar vanas esperanzas: el misionero debe ir entre los salvajes arriesgando su vida; el médico debe exponerse a la peste por el beneficio de otros; el marino, en un frágil barco sobre el vasto océano, en caso de que la nave se hunda o incendie, debe acompañarla estoicamente hacia las profundidades hambrientas si las vidas de los pasajeros únicamente pueden salvarse con su propio sacrificio; el timonel debe permanecer firme al timón y permitir a las llamas que devoren su vida para garantizar la seguridad de aquellos a bordo de la nave condenada.

Los hombres siempre buscan aquello que es justo. Toda la vasta maquinaria que constituye un estado, o un mundo de estados, es, por parte del pueblo, un intento de organizar, no esa justicia ideal que encuentra faltas a las disposiciones de Dios, sino la justicia práctica que puede

alcanzarse en la organización real del mundo. La minuciosa y omnipresente maquinaria civil que dispone las leyes y los tribunales, con todos sus funcionarios y estructuras, sobre parte de la humanidad, es en realidad un esfuerzo por reducir la práctica de la teoría del derecho. Las Constituciones se elaboran para establecer la justicia; los veredictos son registrados para ayudarnos a juzgar con mayor sabiduría en los tiempos por venir. La nación intenta agrupar en el estado a los hombres más justos, de modo que puedan añadir a la legislación su conocimiento acumulado de lo que es correcto. El pueblo desea que la ley sea la materialización de la justicia, y que sea administrada sin pasión. En las épocas más salvajes hubo una justicia popular salvaje, siempre mezclada con la pasión y administrada con odio; pues la justicia adopta una forma ruda cuando la administran hombres rudos, y se despoja de la pasión y el odio en las comunidades más civilizadas. Conforme avanzan los estados se revisa su legislación y se revoluciona su constitución, dando un paso más en el acercamiento al mejor derecho teórico y práctico. Aunque a veces, siguiendo a los teóricos y soñadores en su adoración del ideal, y convirtiendo en ley principios positivos de derecho teórico, las sociedades provocan

realmente la injusticia, teniendo que retroceder sobre sus pasos.

En la literatura los hombres siempre buscan la justicia práctica, deseando que la virtud se vea recompensada y el vicio reciba su justo castigo. Siempre se hallan en el lado de la justicia y la humanidad; y la mayoría tiene una justicia ideal, que mejora cualquier cosa a mano, y más justa que la ley misma. Pues la ley es siempre imperfecta, y ni siquiera alcanza el grado de perfección más alto que la realidad permitiría, y ningún hombre es tan justo como la idea que profesa de lo que es posible y practicable. Sus pasiones y necesidades siempre le fuerzan a caer por debajo de su propio ideal. El ideal de justicia al que los hombres aspiran y se esfuerzan por alcanzar es verdadero, pero no será llevado a la práctica en este mundo. A pesar de ello, debemos aproximarnos a él en la medida en que sea posible, igual que deberíamos tender a esa democracia ideal que «ahora flota ante los ojos de los hombres más creíbles y religiosos, más noble que la República de Platón, o la Utopía de Tomás Moro, o la Edad Dorada fabulada por la memoria», cuidándonos únicamente de que, al esforzarnos por alcanzar y elevarnos al ideal imposible, no despreciemos lo verdaderamente posible. Aspirar a lo mejor, pero conformarse con

lo mejor posible, es la única sabiduría verdadera. Insistir en el derecho absoluto, excluyendo del cálculo los importantes e imperativos elementos de la realidad, es una locura de mero soñador. En un mundo habitado por seres humanos, con necesidades propias de seres humanos y pasiones animales, nunca llegará ese momento en que no habrá ni necesidad, ni opresión, ni esclavitud, ni temor al hombre, sino solamente amor. Ello no será posible en tanto haya mentes inferiores, indulgencia ante los vicios, falta de previsión, indolencia, los horribles azotes de la enfermedad, la guerra y el hambre, el terremoto y el volcán, que necesariamente ocasionarán necesidad, servidumbre, sufrimiento y temor. Pero el arado de la justicia siempre realiza sus surcos por el barbecho del mundo, arrancando las malas hierbas. La injusticia de Inglaterra le hizo perder su América, auténtica joya de la corona. La injusticia de Napoleón es más causa de su derrota que las nieves de Rusia, y le exilió a una roca pelada para languidecer y morir allí, quedando su vida como ejemplo de que la humanidad debe ser justa.

Comprendemos lo que es la justicia de forma intuitiva, más de lo que seríamos capaces de describirla. Lo que es la justicia en un caso concreto depende más de las circunstancias

particulares que no de las definiciones, que pueden ser por completo engañosas. A menudo resultaría injusto para la sociedad hacer lo que, en ausencia de esa consideración, sería dispuesto para el individuo. Las proposiciones generales del derecho humano para este o aquel son siempre falaces, y con no poca frecuencia sería verdaderamente injusto aplicar al individuo lo que el jurista teórico consideraría justo desde una proposición general. Deberíamos hacer al prójimo lo que, en las mismas circunstancias, deberíamos desear, y tendríamos el derecho a desear, que nos hiciesen a nosotros. Hay muchos casos, casos realmente frecuentes, en que un hombre debe cuidar de sí mismo antes que de otros, como en el caso de una balsa que salvaría a uno pero que no puede soportar a los dos; o en el momento del combate, cuando únicamente puede salvarse la vida matando al adversario, pues uno debe preferir la seguridad de su país a la vida de sus enemigos; y en ocasiones, para garantizar esa seguridad, es preciso incluso sacrificar la vida de los propios ciudadanos inocentes. La retirada general puede cortar un puente en la retaguardia, con el fin de retrasar la persecución y salvar el cuerpo principal del ejército, aunque para ello deba condenar un destacamento, un batallón o incluso un cuerpo del ejército a una muerte

segura.

Estos casos no escapan a la consideración de justicia; aunque, como en muchos otros casos en que el daño o la muerte de un individuo supone la salvación de muchos, cuando el interés de un individuo, clase o raza es supeditado al bien general, o al interés de la raza superior, puede infringir el ideal de justicia de algún soñador.

La injusticia, pública o privada, como cualquier otro pecado o error, es seguida inevitablemente por sus consecuencias. El egoísta, el codicioso, el inhumano, el fraudulentamente injusto, el empleador mezquino y el señor cruel son detestados por el corazón del pueblo; mientras que el señor generoso, el empleador liberal, el generoso, el humano y el justo cuentan con el beneplácito de todos los hombres, e incluso la envidia es un tributo a sus virtudes. Los hombres honran a aquellos que defienden la verdad y el derecho sin venirse abajo. El mundo construye monumentos a sus patriotas. Cuatro grandes estadistas, creadores del derecho inscrito en piedra, miran con desprecio a los juristas de Francia conforme entran a su sala, ejemplos silenciosos de cómo las naciones aman a los justos. ¡Cómo reverenciamos los rasgos de mármol de tales jueces, Jay y Marshall, que miran tan calmadamente hacia la mesa de honor del

Tribunal Supremo de los Estados Unidos! ¡Qué monumento ha construido Washington en el corazón de América y en todo el mundo, no persiguiendo un ideal de justicia impracticable, sino por su constante esfuerzo de ser justo en un sentido práctico! Ahora bien, únicamente el mayor bien para el mayor número puede interferir legítimamente en el dominio de la justicia absoluta e ideal. El Gobierno no debe cuidar al fuerte a expensas del débil, ni proteger al capitalista mientras carga de impuestos al trabajador. El poderoso no debe perseguir el monopolio del desarrollo y el disfrute; ni los legisladores deben tener en cuenta al dictar las leyes únicamente la conveniencia y el interés pasajero, sino su conciencia y el derecho, pues la justicia no debe ser olvidada en aras del interés, ni la moralidad política puede ser sustituida por la economía política. En una nación, los contables no pueden sustituir a los juristas.

Podemos diferir en lo concerniente al derecho abstracto de muchas cosas, materias que tengan muchas facetas, dado que pocos hombres son capaces de considerarlas en su conjunto y generalmente solo se presta atención a alguna. Pero todos reconocemos de manera inmediata la crueldad, la injusticia, la inhumanidad, la parcialidad, el abuso y la aspereza en el trato por

sus rasgos feos y familiares, y para reconocerlos y condenarlos no necesitamos sentarnos como Tribunal de Errores y Apelaciones para revisar y corregir la Providencia de Dios.

Hoy en día la civilización entraña sin duda grandes males, y hay muchos detalles de humanidad largamente pospuestos. El maléfico aspecto de la miseria, el vicio y la depravación de nuestras ciudades, nos dicen con silente elocuencia y su hablar sin palabras que el rico y el poderoso y el intelectual no cumplen su obligación para con el pobre, el desvalido y el ignorante. Y toda desdichada mujer que vive Dios sabe cómo, fabricando camisas a seis peniques cada una, atestigua la injusticia e inhumanidad del ser humano. Hay crueldad con los esclavos, y peores crueldades con los animales, lamentable para los que las perpetran e igualmente reprobada por la relación legítima de control y dependencia que Dios ha tenido a bien crear.

Hay una condena contra todo lo que es injusto que Dios ha escrito en la naturaleza del hombre y del Universo, porque esa misma ley se halla en la naturaleza del Dios infinito. Fidelidad a tus facultades, confianza en tus convicciones, esto es ser justo contigo mismo; y vivir la vida en obediencia y coherencia con tales valores es ser justo con los hombres. El mal nunca triunfa. La

victoria de la injusticia no es más que pérdida, y su placer es sufrimiento. El mal siempre parece prosperar, pero su éxito es su derrota y vergüenza. Pasado el tiempo, el día del examen de conciencia siempre llega, tanto para la nación como para el individuo. El bribón se engaña a sí mismo. El miserable que aboca al hambre a su semejante, hace perecer de hambre también a su propia alma, y en el día de su muerte saldrá arrastrándose de su gran estado de injusticia, pobre y desnudo y miserable. Quien evita así un deber en realidad evita una ganancia. El juicio exterior siempre falla, pero la justicia interior siempre es certera. El hombre que ama el mal y lo hace devora piedras en lugar de pan, y es perseguido por los rápidos pies de la justicia, que le sigue con hilo de lana y pone manos de acero alrededor de su cuello. Ningún hombre puede escapar a esto, del mismo modo que no puede escapar de sí mismo. La justicia es el ángel de Dios que vuela de Oriente a Occidente, y donde baja sus anchas alas es para traer el consejo de Dios y alimentar a la raza humana con pan angélico.

No podemos comprender el Universo moral. El arco es muy largo, y nuestros ojos apenas pueden alcanzar una pequeña parte del camino; no podemos calcular la curva y completar la figura

por medio de la vista; pero podemos intuirla por medio de la conciencia, y sabemos que se curva hacia la Justicia. La Justicia no será derrotada aunque la maldad parezca fuerte y tenga de su lado a los ejércitos y tronos del poder, la riqueza y la gloria del mundo, y aunque los hombres pobres se inclinen desesperados. La Justicia no perecerá y se desvanecerá de entre los hombres, como no perdurará aquello que sea realmente perverso y contrario a la Ley de Dios. El Poder, la Sabiduría y la Justicia de Dios acompañan a todo pensamiento justo, y siempre triunfarán, del mismo modo que Dios no puede perecer.

En los asuntos humanos, la justicia de Dios debe trabajar por medios humanos. Los hombres son los instrumentos de los principios de Dios; nuestra moralidad es el instrumento de Su Justicia, la cual, resultando incomprensible para nosotros, parece ante nuestros ojos proveer injusticia. Pero algún día helará la risa brutal del opresor. La justicia es la regla de conducta escrita en la naturaleza del género humano. Podemos, en nuestro día a día, en la casa o en el campo o en la tienda, ayudar en la preparación del camino para la mancomunidad de justicia que se aproxima de manera lenta pero segura. La justicia que practicamos nos bendice en el momento y en el futuro, y en el instante de nuestra muerte será

nuestro legado al patrimonio común de la humanidad. Y todo masón que, contento con hacer lo que es posible y practicable, refuerza y vigoriza la justicia, ayuda a profundizar el canal de la moralidad humana por el que corre la justicia de Dios. Y los pecios que ahora bloquean y obstruyen la corriente serán pronto barridos y arrastrados por la irresistible marea del Derecho Todopoderoso. Hermano, en esto, como en todo lo demás, intentemos siempre cumplir con los deberes de buen masón y buen hombre.

XXXII

Sublime Príncipe del Real Secreto

(Maestro del Real Secreto)

La ciencia oculta de los antiguos magos fue velada en las sombras de los Antiguos Misterios. Fue revelada de forma imperfecta, o más bien desfigurada, por los gnósticos. Puede ser intuida bajo la penumbra que cubrió los pretendidos crímenes de los Templarios, y aparece revestida de enigmas aparentemente impenetrables en los Ritos de la más elevada Masonería.

El Magismo era la ciencia de Abraham y Orfeo, de Confucio y Zaratustra. Eran los dogmas de esta Ciencia los que fueron grabados en las tablillas de piedra por Hanoch y Trismegisto. Moisés los purificó y volvió a velar, pues tal es el significado de la palabra *revelar*. Los cubrió con un nuevo velo cuando hizo de la Santa Cábala la herencia exclusiva del pueblo de Israel y el secreto inviolable de los Sacerdotes. Los Misterios de Tebas y Eleusis preservaron entre las naciones algunos de sus símbolos, aunque alterados, y la misteriosa clave de estos fue perdida entre los instrumentos de una creciente superstición. Jerusalén, la ciudad que asesina a

los profetas, y tan a menudo prostituida a los falsos dioses sirios y babilonios, había perdido hacía mucho la Santa Palabra, cuando un profeta anunció a los Magos, por medio de la sagrada Estrella de Iniciación, que fuesen a apartar el raído velo del viejo Templo con el fin de dotar a la Iglesia de un nuevo tejido de leyendas y símbolos que ocultase por siempre jamás a los profanos las verdades que se preservarían para los elegidos. Fue el recuerdo de este Absoluto científico y religioso, de esta doctrina que es resumida en una palabra, de esta Palabra, en resumen, sucesivamente perdida y encontrada, lo que fue transmitido a los elegidos de todas las Antiguas Iniciaciones. Era este mismo recuerdo, preservado, o quizás profanado en la celebrada Orden del Temple, lo que se convirtió en razón de ser de los extraños ritos de todas las asociaciones secretas, de la Rosa Cruz, de los Illuminati, y de los Francmasones Herméticos, de sus signos más o menos convencionales y, sobre todo, de su devoción mutua y de su poder.

Los gnósticos provocaron que la Gnosis fuese proscrita por los cristianos, de forma que el Santuario oficial fue cerrado a la alta iniciación. De este modo la Jerarquía del Conocimiento fue comprometida por la violencia de la ignorancia usurpadora, siendo los desórdenes del Santuario

reproducidos en el Estado; pues siempre, voluntaria o involuntariamente, el rey es sostenido por el sacerdote, y es del eterno Santuario de la instrucción divina de donde los poderes terrenos, si quieren garantizarse la perdurabilidad, deben recibir su consagración y fuerza.

La Ciencia Hermética del cristianismo primitivo, cultivada igualmente por Geber, Alfarabio y otros árabes, estudiada por los jerarcas templarios, y plasmada en ciertos símbolos de los Altos Grados de la Masonería, puede ser definida acertadamente como la Cábala puesta en realización activa, o la Magia de los Trabajos. Consta de tres Grados análogos, de naturaleza religiosa, filosófica y material. Su plasmación religiosa forma la base perdurable del verdadero Imperio y del verdadero Clero que rige en el reino del intelecto humano. Su realización filosófica consiste en el establecimiento de la Doctrina absoluta, conocida en todos los tiempos como la «Santa Doctrina», y de la que Plutarco, en su tratado *de Iside et Osiride*, trata extensa aunque misteriosamente, así como en una instrucción jerarquizada con el fin de asegurar una ininterrumpida sucesión de Adeptos entre los Iniciados. Su plasmación material consiste en el descubrimiento y aplicación, en el Microcosmos, de la ley creativa que puebla incesantemente el

gran Universo.

Midamos una esquina de la Creación, y multipliquemos ese espacio en progresión geométrica, y el Infinito entero multiplicará sus círculos llenos de universos, que pasarán en segmentos proporcionales entre los brazos ideales y alargados de tu compás. Supongamos ahora que desde cualquier otro punto del Infinito que se extiende sobre ti, una mano tome otro Compás o Escuadra. Las líneas del triángulo celestial encontrarán necesariamente las del Compás de la Ciencia, para formar la Misteriosa Estrella de Salomón.

Todas las hipótesis científicamente probables constituyen los últimos resplandores del crepúsculo del conocimiento, o sus últimas sombras. La Fe comienza donde la Razón se hunde exhausta. Más allá de la Razón humana se halla la Razón Divina, que en nuestra debilidad mental nos resulta un Absurdo, el Absurdo Infinito, que nos mantiene desconcertados y nos confunde en nuestras creencias. Para el Maestro, el Compás de la Fe se halla por encima de la Escuadra de la Razón; pero ambos reposan sobre las Sagradas Escrituras, y se combinan para formar la Estrella Flamígera de la Verdad.

No todos los ojos ven igual. Incluso la creación visible no es, para todos los que la contemplan,

uniforme y monocolor. Nuestro cerebro es un libro escrito desde dentro y desde fuera, y ambas escrituras resultan, en todos los hombres, más o menos confundidas. La tradición primordial de la revelación fue preservada bajo el nombre de «Cábala» por el sacerdocio israelita. La doctrina cabalística, que fue también el dogma de los Magos y de Hermes, quedó contenida en el Sefer Yezira, en el Sohar y en el Talmud. Conforme a esta doctrina, lo absoluto es el Ser, en que la Palabra Es, la Palabra que es expresión del ser y la vida.

La Magia es aquello que es; es por sí misma, como las matemáticas; pues es la ciencia exacta y absoluta de la Naturaleza y sus leyes.

La Magia es la ciencia de los Antiguos Magos. Y la religión cristiana, que impuso silencio a los oráculos mendaces, y puso fin a la fama de los falsos dioses, no por ello deja de reverenciar a aquellos Magos que llegaron de Oriente, guiados por una Estrella, para adorar al Salvador del Mundo en su cuna.

La tradición también otorga a estos Magos el título de «Reyes», pues la iniciación al Magismo constituye una genuina realeza, y porque el gran arte de los Magos es denominado por todos los Adeptos «El Arte Real», o el *Santo Reino* o *Imperio*, *Sanctum Regnum*.

La Estrella que les guió es esa misma Estrella Flamígera que aparece en todas las iniciaciones. Para los alquimistas es símbolo de la Quintaesencia; para los magistas, el Gran Arcano; para los Cabalistas, el Sagrado Pentagrama. El estudio de este Pentagrama únicamente podía guiar a los magos al conocimiento del Nuevo Nombre que iba a elevarse sobre todos los nombres, provocando que todas las criaturas capaces de adorar se arrodillasen ante él.

La Magia amalgama en una única ciencia lo que quiera que la Filosofía pueda ofrecer como cierto, y la Religión pueda ofrecer de Infalible y Eterno. Reconcilia de forma perfecta e incontestable estas dos materias que a primera vista parecen encontradas: fe y razón, ciencia y credo, autoridad y libertad. Proporciona a la mente humana un instrumento de certeza filosófica y religiosa, exacto como las matemáticas, y tan infalible como estas.

De modo que hay un Absoluto en materia de Inteligencia y Fe. La Razón Suprema no ha permitido que los destellos de entendimiento humano vacilen al azar. Hay una verdad indiscutible, hay un método infalible para conocer esta verdad, y por medio de su conocimiento, aquellos que la acepten como regla conferirán a su voluntad un poder soberano que los hará

maestros de todas las cosas inferiores y de todos los espíritus errantes. O lo que es lo mismo, se convertirán en Árbitros y Reyes del Mundo.

La Ciencia tiene sus noches y sus amaneceres, pues confiere al mundo intelectual una vida que posee movimientos regulados y fases progresivas. Sucede con las Verdades como con los rayos luminosos: nada de lo que está oculto se pierde; pero igualmente, nada de lo que se descubre es absolutamente nuevo. Dios se ha complacido en otorgar a la Ciencia, que es reflejo de Su Gloria, el sello de Su Eternidad.

No es en los libros de los filósofos, sino en el simbolismo religioso de los antiguos, donde debemos buscar las huellas de la Ciencia y redescubrir los Misterios del Conocimiento. Los sacerdotes de Egipto conocían mejor que nosotros las leyes del movimiento y de la vida. Sabían cómo atemperar o intensificar la acción por medio de la reacción; y rápidamente se percataron de estos efectos, cuyas causas habían determinado. Las columnas de Seti, Enoch, Salomón y Hércules han simbolizado en las tradiciones mágicas esta ley universal del Equilibrio; y la Ciencia del Equilibrio o balance de Fuerzas condujo a los Iniciados a la de la gravitación universal alrededor de los centros de Vida, Calor y Luz.

Tales y Pitágoras aprendieron en los santuarios de Egipto que la Tierra giraba en torno al Sol; pero no intentaron extender este conocimiento, pues hacerlo habría implicado necesariamente revelar uno de los grandes Secretos del Templo: la doble ley de atracción y repulsión, o de simpatía o antipatía, o de quietud y movimiento, que es el principio de la Creación y causa perpetua de la vida. Esta Verdad fue ridiculizada por el cristiano Lactancio, del mismo modo que la Roma papal intentó mucho después demostrar su falsedad.

De este modo razonaban los filósofos, mientras los Sacerdotes, sin dignarse replicarles e incluso sonriendo ante sus errores, escribieron, en aquellos hieroglifos que crearon todo dogma y poesía, los Secretos de la Verdad.

Cuando la Verdad llega al Mundo, la Estrella del Conocimiento lo avisa a los Magos, que acuden prestos a adoran al Infante que crea el futuro. Es por medio de la inteligencia de la jerarquía y la práctica de la obediencia como se alcanza la Iniciación. Si el gobernante ostenta el Derecho Divino de gobernar, el verdadero Iniciado obedecerá gozoso.

Las tradiciones ortodoxas fueron llevadas desde Caldea por Abraham. Rigieron en Egipto en el tiempo de Josué, junto con el conocimiento del

Dios Verdadero. Moisés llevó la ortodoxia fuera de Egipto, y en las Tradiciones Secretas de la Cábala encontramos una teología entera, perfecta, única, como aquella que en la cristiandad es la más grande y mejor explicada por los Padres y Doctores, teniendo el conjunto una consistencia y armonía que no le es dado al mundo todavía comprender. El Sohar, que es la clave de las Sagradas Escrituras, abre igualmente todas las profundidades y luces, todas las oscuridades de las Antiguas Mitologías y Ciencias originalmente ocultas en los Santuarios. Es cierto que el Secreto de esta clave debe ser conocido para tener la posibilidad de utilizarlo, y que incluso para los intelectos más brillantes pero no iniciados en este Secreto, el Sohar es absolutamente incomprensible y casi ilegible.

El Secreto de las Ciencias Ocultas es el de la Naturaleza misma, el Secreto de la generación de los Ángeles y Mundos, y el de la Omnipotencia de Dios. «Seréis como *el Elohim*, y conoceréis el bien y el mal», dijo la Serpiente del Génesis, y el Árbol del Conocimiento se tornó en Árbol de la Muerte.

Durante seis mil años los Mártires del Conocimiento se han esforzado y han perecido al pie de este árbol, para que vuelva a ser el Árbol de la Vida. ¡El Absoluto buscado

infructuosamente por el insensato y encontrado por los Sabios es la Verdad, la Realidad y la Razón del equilibrio universal!

El Equilibrio es la Armonía que resulta de la analogía de contrarios.

Hasta ahora, la Humanidad ha intentado sostenerse sobre un solo pie. A veces en uno, a veces en el otro.

Civilizaciones enteras ha surgido y caído, ya sea por la anárquica locura del Despotismo, o por la anarquía despótica de las revueltas.

El modo de organizar la Anarquía es el problema que los revolucionarios deben por siempre resolver. Es la roca de Sísifo que cae siempre sobre ellos. Para que la Anarquía exista un único instante, se verán siempre empujados fatalmente a improvisar un despotismo sin otra razón de existencia que la necesidad, y que por esa misma necesidad, consecuentemente, será violento y ciego. Escapamos de la armoniosa monarquía de la Razón únicamente para caer bajo la dictadura irregular de la Locura.

Unas veces el entusiasmo supersticioso, y otras los miserables cálculos del instinto materialista, han extraviado a las naciones, aunque Dios en última instancia urge al mundo a avanzar en dirección a la Razón creyente y a las Creencias

razonables.

Hemos tenido suficientes profetas sin filosofía y filósofos sin religión; los creyentes ciegos y los escépticos se asemejan, y tan lejos están unos como otros de la salvación eterna.

En el caos de la duda universal y de los conflictos entre Razón y Fe, los grandes hombres y los visionarios no han parecido más que artistas mórbidos y enfermos, perseguidores del hermoso ideal a riesgo y peligro de su razón y vida.

Viviendo únicamente en la esperanza de ser coronados, son los primeros en hacer lo que Pitágoras tan conmovedoramente prohibía en sus admirables símbolos; arrancan coronas y las pisan.

La Luz es el equilibrio de la Sombra y la Lucidez.

El Movimiento es el equilibrio de la Inercia y la Actividad.

La Autoridad es el Equilibrio de la Libertad y el Poder.

La Sabiduría es equilibrio en los Pensamientos, que son destellos y rayos del Intelecto.

La Virtud es equilibrio en los Afectos: la Belleza es la armoniosa proporción en las Formas.

Las vidas hermosas son las correctas, y las magnificencias de la Naturaleza son álgebra de gracias y esplendor.

Todo lo justo es hermoso; todo lo hermoso debería ser justo.

No existe, de hecho, ninguna Nada, ningún Vacío en el Universo. Desde la superficie superior o exterior de nuestra atmósfera hasta la del Sol, y hasta la superficie de los planetas y las estrellas más remotas en todas las direcciones, la ciencia ha imaginado durante siglos que había un espacio vacío, simple y vano. Al comparar el conocimiento finito con lo Infinito, ¡los filósofos saben poco más que los simios! A lo largo de todo ese espacio vacuo se encuentran las infinitas fuerzas de Dios, actuando en una infinita variedad de direcciones, hacia atrás y adelante, sin ceder ni un instante en su actividad. En todo ello, activa a través de la totalidad de su infinitud, se halla la Luz, que es la manifestación visible de Dios. La Tierra, así como cualquier otro planeta o esfera que no sea un Centro de Luz, lleva su cono de sombra con él conforme brilla y reluce en su órbita; pero la oscuridad no tiene cabida en el Universo. Iluminar una esfera implica proyectar

un cono de oscuridad; y el Error es igualmente la sombra de la Verdad con que Dios ilumina el Alma.

En todo ese “vacío”, igualmente, se encuentra la misteriosa y siempre activa Electricidad, así como el Calor, y el omnipresente Éter. A voluntad de Dios lo invisible se vuelve visible. Dos gases invisibles, combinados por la acción de una fuerza de Dios, y comprimidos, se convierten en el agua que llena los grandes recipientes de los mares, fluye en ríos y riachuelos, salta desde rocas o manantiales, gotea sobre la tierra como lluvia, la blanquea como nieve, crea un puente sobre el Danubio al congelarlo, o se almacena en vastos embalses en el seno de la tierra. Dios manifestado llena toda la extensión que neciamente denominamos el Vacío.

Y por todo el Universo, lo que denominamos Vida y Movimiento es el resultado de un conflicto continuo de fuerzas o impulsos. Cuando quiera que el antagonismo cesa, el resultado es el inmovilismo y la inercia, que son la Muerte. Si, como dice la Cábala, la Justicia de Dios, que es la Severidad o la parte femenina, reinase en soledad, la creación de seres imperfectos como el hombre habría sido imposible desde el principio, pues siendo el Pecado connatural a la Humanidad, la Infinita Justicia, midiendo el Pecado por la

Infinitud de la ofensa a Dios, debería haber aniquilado a la Humanidad en el instante mismo de su creación. Y no únicamente a la Humanidad, sino igualmente a los Ángeles, pues estos también, como todo lo creado por Dios menos que perfecto, son pecaminosos. Nada imperfecto habría sido posible. Si, por otra parte, la Piedad o benignidad de Dios, la parte masculina, no fuese sabiamente contrarrestada, el Pecado quedaría sin castigo, y el Universo caería en un caos de corrupción.

Si Dios anulase un solo principio o ley de atracción química o simpatía, y las fuerzas antagonistas que se encuentran equilibradas en la materia se desatasen, todo lo que consideramos materia se expandiría en algo impalpable y en gases invisibles, como le sucede al agua cuando se convierte en vapor y, confinada en un cilindro y sujeta a un grado inmenso de esa misteriosa fuerza de la Deidad que denominamos «calor», queda liberada para su expansión.

De forma incesante, las grandes corrientes y ríos de aire fluyen y se arremolinan desde el Ecuador hasta las heladas regiones polares, para volver desde estas al tórrido entorno ecuatorial. Consecuencia necesaria de estos grandes movimientos inmensos, equilibrados y benéficos, provocados por el antagonismo del calor

ecuatorial y el frío polar, son los tifones, tornados, y ciclones, que son resultado de las corrientes de aire. Estos, y los benignos alisios que empujan a las naves mercantes, surgen de la misma gran ley general. Dios es omnipotente; pero los efectos sin causa son imposibles, y estos efectos no pueden sino ser malvados en ocasiones. El fuego no calentaría si no pudiese también quemar la carne humana. El más virulento veneno puede ser el más soberano remedio si se ingiere en la debida proporción. El Mal es la sombra del Bien, e inseparable de él.

La Sabiduría Divina limita, por contrapeso, la omnipotencia de la Voluntad o Poder Divinos, siendo el resultado la Belleza o Armonía. El arco no reposa en una sola columna, sino que mana de un lado a otro. Así sucede también con la Justicia y Piedad Divinas, y con la Razón y Fe humanas.

Esa teología puramente escolástica, surgida de las Categorías de Aristóteles y de las Sentencias de Peter Lombard, esa lógica del silogismo que discutía en lugar de razonar, y encontraba una respuesta para todo haciendo malabarismos con las palabras, ignoraba por completo el dogma cabalístico y se adentraba en el deprimente vacío de la oscuridad. No era tanto una cosmología o una sabiduría como una filosofía autómata, que replicaba por medio de resortes, desenrollando

sus tesis como en un movimiento giratorio. No se trataba del verbo humano, sino del monótono grito de una máquina, del discurso inanimado de un androide; su esencia era la fatal precisión del mecanismo, en lugar de la libre aplicación de las necesidades racionales. Santo Tomás de Aquino aplastó de un plumazo todo el andamiaje de palabras construidas unas sobre otras al proclamar el eterno Imperio de la Razón, en su magnífica frase «Una cosa no es justa porque Dios lo quiera, sino que Dios la quiere porque es justa». Una consecuencia de esta proposición, a un nivel inferior, sería: «Una cosa no es verdadera porque Aristóteles la haya dicho, sino que Aristóteles razonablemente no habría podido decirla salvo que fuese cierta. Así pues, ante todo busca la Verdad y la Justicia, y la Ciencia de Aristóteles te será dada por añadidura».

El sueño ideal de los mayores poetas es que el Infierno, una vez haya perdido su función, sea finalmente clausurado como consecuencia del agrandamiento del Cielo; que el problema del Mal reciba su solución definitiva, y únicamente el Bien, necesario y triunfante, reine por los siglos de los siglos. De tal modo el dogma persa enseñaba que Ahrimán y sus ministros del Mal serían finalmente, por medio de un Redentor y Mediador, reconciliados con la Deidad, y todo

Mal se extinguiría. Pero lamentablemente, el filósofo olvida todas las leyes del equilibrio, e intenta absorber la Luz en un esplendor sin sombra, y el movimiento en un absoluto reposo que implicaría el cese de toda vida. Mientras haya una luz visible, habrá una sombra proporcional a esta luz, y cualquier cosa que sea iluminada proyectará un cono de sombra. El Reposo nunca será felicidad, salvo que sea equilibrado por un movimiento análogo y contrario. Esta es la inmutable ley de la Naturaleza, la Eterna Voluntad de la Justicia que es Dios.

Por la misma razón son necesarios el Mal y el Pesar en la humanidad, lo que convierte en indispensable la amargura del agua de mar. Aquí también la Armonía únicamente puede resultar de la analogía de contrarios, y lo que está arriba existe en razón de lo que está abajo. Es la profundidad lo que determina la altura; y si los valles están llenos, las montañas desaparecen. Y del mismo modo, si se borrasen las sombras, la Luz quedaría anulada, pues es visible únicamente por el contraste graduado de neblina y esplendor, siendo la oscuridad universal provocada por una inmensa luz deslumbrante. Incluso los colores en la Luz existen únicamente por la presencia de la sombra: es la triple alianza del día y la noche, la

imagen luminosa del dogma y la Luz hecha Sombra, como el Salvador es el Logos hecho hombre. Y todo esto reposa sobre la misma ley, la primigenia ley de la creación, la simple y absoluta ley de la Naturaleza, la del equilibrio preciso y armonioso de las fuerzas contrarias en un contrapeso universal.

Las dos grandes columnas del Templo que simboliza el Universo son la Necesidad, o Voluntad omnipotente de Dios, que nada puede desobedecer, y la Libertad, o libre albedrío de Sus criaturas. Aparentemente, y para nuestra razón humana de dinámica antagonista, la misma Razón no es capaz de comprender cómo pueden estar en equilibrio. La Potencia y Sabiduría infinitas pudieron planear así el Universo y la Infinita Sucesión de acontecimientos, dejando libertad al hombre para obrar, y previendo lo que cada cual pensaría y haría en cada instante, convirtiendo el libre albedrío y la libertad de obrar en un instrumento que colaborase con el fin general. Pues incluso un hombre, previendo que otro llevará a cabo cierto acto, aun no pudiendo controlarlo en modo alguno o influir en él, puede emplear ese hecho como instrumento para sus propios fines.

La Infinita Sabiduría de Dios prevé lo que cada cual hará, y lo emplea como instrumento para

ejercer Su Poder Infinito, que a pesar de ello no controla las acciones humanas al punto de aniquilar el libre albedrío. El resultado es la Armonía, tercera columna que sostiene la Logia. La misma armonía resulta del contrapeso de Necesidad y Libertad. La voluntad de Dios no es derrotada ni entorpecida por un instante, y en esto consiste su Divina Victoria; pero a pesar de ello no tienta ni impide a los hombres hacer el Mal, siendo así Su Gloria Infinita sin par. El resultado es Estabilidad, Cohesión y Permanencia en el Universo, y el Dominio y Autocracia indivisos en la Deidad. Y Estos, Victoria, Gloria, Estabilidad y Dominio, son los últimos cuatro Sefirot de la Cábala.

«Yo Soy», dijo Dios a Moisés, «El Que Soy, Fue, y por siempre Será». Pero el Dios Mismo, en Su Esencia no manifestada, entendido como previo a la Creación y en soledad, no tiene nombre. Tal era la doctrina de todos los antiguos sabios, y así aparece expresamente declarado en la Cábala. Yahveh es el nombre de la Deidad manifestada en un único acto, el de la Creación, conteniendo dentro de Sí Mismo, tanto en idea como en realidad, el Universo al completo, para ser investido de forma y ser materialmente desarrollado a lo largo de la sucesión de siglos. Pues Dios nunca no fue, y nunca no pensó, y el

Universo no tuvo otro comienzo que el Divino Pensamiento, del cual Él es su palabra pronunciada. La duración del Universo no es más que un punto inmerso en la infinita línea de la eternidad; y Dios no fue inerte ni ocioso durante la eternidad que se extiende por detrás de ese punto. El arquetipo del Universo nunca no existió en la Mente Divina. La Palabra era en el principio con Dios, y era Dios. Y el Nombre Inefable es, no el de la Misma Esencia, sino del Absoluto, manifestado como Ser o Existencia. Pues la Existencia o Ser, decían los filósofos, es limitación; y la Deidad no está limitada o definida, sino que es todo lo que puede ser, además de todo lo que es y será.

Al invertir las letras del Nombre Inefable, y dividirlo, se torna bisexual, como es la palabra *Yud-He* or *Jah*, y revela el significado de buena parte del oscuro lenguaje de la Cábala, y es el Altísimo, de Quien las Columnas Jakin y Boaz son símbolos. «A imagen de la Deidad», se nos dice, «Dios creó al hombre. Macho y hembra los creó». Y el autor, simbolizando lo divino por medio de lo humano, nos dice entonces que la mujer, inicialmente contenida en el hombre, fue sacada de él. Del mismo modo que Minerva, Diosa de la Sabiduría, nació como mujer en armadura, del cerebro de Júpiter; Isis era la hermana de Osiris

antes de ser su esposa, y dentro de Brahm, la Fuente de todo, el Mismo Dios, sin sexo o nombre, se encontraba desarrollada Maya, la Madre de todo lo que es. La Palabra es el Primero y Unigénito del Padre; y el respeto con que los Altos Misterios eran contemplados ha impuesto el silencio respecto a la naturaleza del Espíritu Santo. La Palabra es Luz, y la Vida de la Humanidad. Corresponde a los Adeptos comprender el significado de tales símbolos.

Volvamos ahora a los Grados Simbólicos, y como última lección, expliquemos uno de sus símbolos. Sobre el altar encontramos la Escuadra y el Compás (no es preciso recordar cómo se disponen sobre el altar en cada Grado).

La Escuadra es un instrumento apto únicamente para superficies planas, por lo que resulta apropiado para la Geometría, o medida de la Tierra, que aparentemente es –y así es como los antiguos la creían- plana. El Compás es un instrumento que tiene relación con las esferas y las superficies esféricas, estando adaptado a la trigonometría esférica, rama de las matemáticas que trata con los Cielos y las órbitas de los cuerpos planetarios.

La Escuadra, por lo tanto, es un símbolo natural y apropiado para esta Tierra y las cosas que a ella pertenecen, le son propias o le conciernen. El

Compás es un símbolo igualmente natural y apropiado para los Cielos, y de todas las cosas celestiales y naturalezas celestes.

Al comienzo de esta lectura se halla un viejo símbolo hermético, copiado de la *Materia Prima* de Valentino, impresa en Frankfurt en 1613, con un tratado titulado *Azoth*. Sobre él puede apreciarse un Triángulo sobre una Escuadra, y ambos inscritos en un círculo; y sobre estos, de pie sobre un dragón, un cuerpo humano, con dos brazos pero con dos cabezas, una masculina y otra femenina. Junto a la cabeza masculina se halla el Sol, y junto a la cabeza femenina la Luna, el creciente dentro del círculo de la luna llena. Y la mano en el lado masculino porta un Compás, mientras la mano del lado femenino porta una Escuadra.

Los Cielos y la Tierra fueron personificados como deidades incluso entre los ancestros arios de los hindúes, zendas, bactrianos y persas. Y el Rig Veda Sanhita contiene himnos dirigidos a ellos como dioses. También fueron deificados entre los fenicios; y entre los griegos, Urano y Gea, Cielo y Tierra, fueron glosados por Hesíodo como los más antiguos de entre las deidades.

Es la gran, fértil y hermosa Madre, la Tierra, la que produce, sin límite de beneficencia, todo lo que es preciso para cubrir las necesidades, el

confort y el lujo del hombre. De su seno rebosante e inagotable surgen en su temporada las frutas, el grano y las flores. De ella proviene el alimento de los animales que sirven al hombre como fuerza de trabajo y alimento. En la agradable Primavera reverdece con hierba abundante, y los árboles germinan de su suelo, y de su vitalidad brotan sus verdes hojas. En su subsuelo se hallan los útiles y valiosos minerales; suyos son los mares rebosantes de vida; suyos son los ríos que proveen comida e irrigación, y las montañas de las que brotan las corrientes que desembocan en estos ríos; suyos los bosques que alimentan los fuegos sagrados para los sacrificios, y brillan en las chimeneas domésticas. La Tierra, por lo tanto, la gran Productora, fue siempre representada como lo femenino y como Madre; la grande, copiosa y benéfica Madre Tierra.

Por otra parte, son la luz y el calor del Sol en los Cielos, y las lluvias que parecen venir de ellos, quienes en Primavera hacen fructificar esta tierra productora y restauran la vida y la calidez a sus venas congeladas por el Invierno, haciendo brotar los manantiales, y generando, por así decirlo, el verdor y la abundancia prolífica. Como agentes procreativo y generativo, los Cielos y el Sol han sido siempre considerados como lo masculino; como generadores que hacen

fructificar la Tierra y le hacen producir.

La figura hermafrodita es el símbolo de la doble naturaleza asignada antiguamente a la Deidad como generadora y productora. Como Brahm y Maya entre los arios, Osiris e Isis entre los egipcios. Del mismo modo que el Sol era masculino y la Luna femenina; e Isis era tanto la esposa como la hermana de Osiris. El Compás, por lo tanto, es el símbolo hermético de la Deidad Creativa, y la Escuadra de la Tierra productiva o Universo.

De los cielos proviene la porción espiritual e inmortal del hombre; de la Tierra su parte material y mortal. El Génesis hebreo narra que Jehová formó al hombre a partir del barro de la Tierra, insuflándole el espíritu de la vida. A través de las siete esferas planetarias, representadas por la Escalera Mística de las iniciaciones mitraicas, y esta a su vez representada por la que Jacob vio en su sueño (no con tres, sino con siete escalones), las Almas, emanando de la Deidad, descendían para unirse con sus cuerpos humanos; y a través de esas siete esferas deben reascender para volver a su origen y lugar en el seno de la Deidad.

El Compás, por lo tanto, como Símbolo de los Cielos, representa la parte espiritual, intelectual y moral de la doble naturaleza humana; y la

Escuadra, como símbolo de la Tierra, es la porción material, sensual y perversa.

«La Verdad y la Inteligencia», sostenía una antigua secta india de filósofos, «son los atributos eternos de Dios; no del Alma individual, que es susceptible tanto de sabiduría como de ignorancia, tanto de placer como de dolor. De ello se deduce que Dios y el alma individual son distintos». Y esta expresión de los antiguos filósofos Nyaya, en lo concerniente a la Verdad, nos ha sido legada a través de una larga sucesión de siglos en las lecciones de la Francmasonería, donde leemos que «la verdad es un atributo divino, así como la base de toda virtud».

«Mientras el Alma es prisionera de la materia», decían, «se halla bajo la influencia de las pasiones malignas; pero si, por medio de un intenso estudio, alcanza el conocimiento y los elementos y principios de su verdadera Naturaleza, entonces alcanza su lugar original por toda la eternidad, donde el estado de felicidad y su individualidad no cesan».

Según los filósofos hindúes, la vitalidad que anima el halo espiritual, el Aliento de Vida del Génesis hebreo, perece con el propio cuerpo; pero el Alma es divina, emanación del Espíritu de Dios, aunque no una parte de ese Espíritu. Por ello lo comparaban con el calor y la luz emitidos

desde el Sol, o con un rayo de esa luz, que nunca disminuye o divide su propia esencia.

Ya fuese creada o investida desde una existencia separada, el Alma, que no es sino una criatura de la Deidad, no puede conocer el modo de su creación ni comprender su propia individualidad. Ni siquiera puede comprender cómo el ser que ella mismo y el cuerpo constituyen puede sentir dolor, ver y oír. El Creador Universal ha tenido a bien poner límites al ámbito de nuestra razón humana y finita, más allá de los cuales no alcanza. Y si somos capaces de comprender el modo y manera de la creación o generación del Universo de cosas, Dios ha querido ocultárnoslo por medio de un velo impenetrable, mientras las palabras empleadas para expresar cada suceso no tienen otro significado definido que el de mostrar que Él es la causa de que el Universo comenzase a existir.

Para nosotros es suficiente saber lo que la Masonería imparte: que no todo en nosotros es mortal, que el Alma o Espíritu, la parte intelectual y racional de nuestro ser, que es nuestro verdadero ser, no está sujeta a disolución y corrupción, sino que es simple e inmaterial, sobrevive a la muerte del cuerpo, y es inmortal; y también es susceptible de progreso y mejora, de aumentar su conocimiento de las cosas que son

divinas, de volverse más sabia y mejor, y cada vez más digna de la inmortalidad; y que hacer que suceda así, y ayudar y beneficiar al prójimo y a toda nuestra raza, es la más noble ambición y mayor gloria que podemos perseguir y alcanzar en esta vida imperfecta y efímera.

En todo ser humano, lo Divino y lo Terrenal van de la mano. En todos aparecen la Razón y el sentido moral, junto con las pasiones que le impulsan a hacer el mal, y los apetitos sensuales. «Pues si vives según la carne, morirás», dice Pablo en su Epístola a los Romanos, «pero si, a través del espíritu, mortificas los actos del cuerpo, vivirás». «La carne desea contra el espíritu, y el espíritu contra la carne», afirmaba en su Epístola a los Gálatas, «y estos son contrarios el uno al otro, de forma que no podrías hacer las cosas que desearías». «Lo que hago no es lo que desearía», escribe Pablo a los romanos, «y lo que deseo hacer, no lo hago, mientras que odio lo que hago. No es ya lo que hago, sino el pecado que mora en mí. Lo que deseo se halla en mí, pero cómo llevarlo a cabo, no lo encuentro. Pues no logro hacer el bien que deseo hacer, y el mal que no deseo hacer, es lo que hago. Encuentro entonces una ley que hace que cuando quiera que deseo hacer el bien, el mal se me hace presente; pues el hombre interior se deleita en la Ley de

Dios, pero descubro otra ley en mis miembros que lucha contra la ley de mi mente, y me torna cautivo de la ley del pecado que se halla en mi cuerpo. De modo que con la mente sirvo a la Ley de Dios, pero con la carne a la ley del pecado».

La vida es una batalla, y luchar bien y con heroísmo esa batalla es el gran propósito de la existencia en todo hombre digno y apto para vivir. Aguantar ante la fuerte corriente de la adversidad, avanzar a pesar de todos los obstáculos, arrancarle la victoria a la misma fortuna, convertirse en jefe y líder entre los hombres, alcanzar rango y poder por medio de la elocuencia, el coraje, la perseverancia, el estudio, la energía, la actividad, la constancia ante los reveses, la presteza sin detenerse jamás ante los peligros; conseguir una hacienda, someter a otros hombres por nuestro intelecto y audacia; salir exitosos, prosperar y luchar: en esto consiste, de acuerdo con el entendimiento general, el que uno luche bien las batallas de la vida. Aunque incluso por tener éxito en los negocios con esa intrepidez que no se detiene en riesgos, esa audacia que apuesta todo en opciones arriesgadas, por la astucia del intermediario, la osa-día del corredor sin escrúpulos, las bribonadas de la bolsa y la cámara de cambio; por arrastrarse hasta obtener una posición gracias a métodos dudosos o a la

brutal ignorancia, también así uno puede ser considerado un gran triunfador en la vida.

Para la mayor batalla de todas, y aquella en la que debe alcanzarse el mayor honor y la victoria más verdadera, es la que libran nuestra razón y nuestro sentido moral, nuestra naturaleza espiritual contra nuestros apetitos sensuales y pasiones malignas, nuestra naturaleza terrena y material, o animal. Solo aquí se puede obtener la verdadera gloria del heroísmo, y las victorias que nos convierten en auténticos triunfadores. Esta batalla se libra en toda vida humana; y aquellos que ganan en otras beligerancias, a menudo sufren una derrota ignominiosa y una huida desastrosa, y oprobio y vergüenza en esta contienda.

Has escuchado más de una definición de la Francmasonería. Pero aún debes escuchar la más significativa. Se enseña al Aprendiz Entrado, al Compañero y al Maestro, y en todos y cada uno de los Grados que has recorrido hasta llegar aquí. Se trata de una definición de lo que es la Francmasonería, de sus propósitos y de lo que es su esencia y espíritu; y tiene para cada uno de nosotros la potestad y santidad de una ley divina que nos impone a todos una solemne obligación.

Esta enseñanza está simbolizada y es impartida, tanto al Aprendiz como a ti, por el Compás y la Escuadra, sobre los cuales, así como sobre el

Volumen de la Ley Sagrada de tu religión y los Reglamentos de la Francmasonería Escocista, has prestado tantos juramentos. Como Caballero, te ha sido impartida por las Espadas, símbolos de Honor y Deber, sobre las que has prestado tus votos. También te ha sido impartida por la Balanza, símbolo de equilibrio, y por la Cruz, símbolo de devoción y sacrificio. Pero todo lo que estos elementos enseñan y contienen es enseñado y contenido, tanto para el Aprendiz Entrado como para el Caballero y el Príncipe, en el Compás y la Escuadra. Para el Aprendiz, las puntas del Compás se encuentran bajo la Escuadra. Para el Compañero, una se encuentra por encima y otra por debajo. Para el Maestro, ambas son dominantes, y rigen, controlan y dominan sobre el símbolo de lo terrenal y lo material.

La Francmasonería es el sometimiento de lo humano que hay en el hombre por parte de lo Divino; la conquista de los apetitos y pasiones por parte del Sentido Moral y la Razón; un continuo esfuerzo, lucha y combate de lo espiritual contra lo material y sensual. Esa victoria, una vez alcanzada y asegurada, y una vez que el conquistador pueda descansar sobre su escudo y ostentar unos bien ganados laureles, es el auténtico Sacro Imperio. Para alcanzarlo, el

Masón debe primero alcanzar una sólida convicción, basada en la Razón, de que alberga en su interior una naturaleza espiritual, un alma que no ha de morir una vez que el cuerpo se descompone, sino que continúa existiendo y avanza hacia la perfección por lo siglos de los siglos, viendo cada vez con mayor claridad, conforme se acerca a Dios, la Luz de la Divina Presencia. Esta es la filosofía que el Rito Escocés Antiguo y Aceptado le enseña; y le empuja a perseverar en ella ayudándole a creer que su libre albedrío es totalmente consistente con la omnipotencia y omnisciencia de Dios, que Dios no es únicamente omnipotente y omnisciente, sino también infinitamente compasivo, y ama con infinita ternura y amor a las frágiles e imperfectas criaturas que Él ha hecho.

Todo Grado del Rito Escocés Antiguo y Aceptado, desde el primero hasta el treinta y dos, enseña en su ceremonial, así como en su instrucción, que el más noble propósito de la vida, así como el más elevado deber del hombre, es luchar incesante y vigorosamente por alcanzar la maestría en todo aquello que en él es espiritual y divino, elevándose por encima de lo que es material y sensitivo; para que también en él, al igual que en el Universo que Dios gobierna, la Armonía y la Belleza sea el resultado de un justo

equilibrio.

Se os ha enseñado esto en los Grados conferidos en la Logia de Perfección, los cuales inculcan la parte práctica de la moral masónica: a ser sinceros, sea cual sea la tentación que os mueva a la falsedad; a ser honestos en vuestras transacciones, aun si ello implicara hacer frente a grandes pérdidas; a ser caritativo, aun cuando el egoísmo os impulse a cerrar la mano, y vuestra caridad os suponga renunciar a lujos o al confort; a juzgar de forma justa e imparcial, incluso aunque seáis juez y parte, o cuando los impulsos más mezquinos os empujen a obrar de forma injusta para beneficiaros; a ser tolerantes, cuando la pasión os empuje a la intolerancia y la persecución; a hacer lo que es correcto, a pesar de que lo incorrecto proporcione mayor provecho; y a no despojar a ningún hombre de lo que sea suyo, por fácil que pueda pareceros enriquecerse. Todas estas cosas, y otras que habéis prometido en esos Grados, son en las que vuestra naturaleza espiritual ha sido instruida y fortalecida para afirmar su legítimo dominio sobre vuestros apetitos y pasiones.

Los Grados Filosóficos os han enseñado el valor del conocimiento, la excelencia de la verdad, la superioridad del trabajo intelectual, la dignidad y valor de vuestra alma, la valía de los

pensamientos grandes y nobles; promoviéndoos así a elevaros por encima del nivel de los apetitos y pasiones animales, por encima del ansia de la codicia y la miserable lucha de la ambición, encontrando placeres más puros y premios y recompensas más nobles en la adquisición de conocimiento, la cultura del intelecto y la interpretación de las sagradas escrituras de Dios sobre las grandes páginas del Libro de la Naturaleza.

Y los Grados Caballerescos os han conducido por el mismo sendero, mostrándoos la excelencia de la generosidad, la clemencia, el perdón de las ofensas, la magnanimidad, el desprecio del peligro y las obligaciones supremas del Deber y el Honor. Os han enseñado a vencer el temor a la muerte, a entregaros a la gran causa de la Libertad civil y religiosa, para convertiros en Soldados de todo lo que es justo, correcto y verdadero; a merecer vuestro título de Caballero Comendador del Templo en medio de la pestilencia, y a ni ahí, ni en ninguna otra parte, abandonar vuestro puesto y a huir cobardemente ante el enemigo. En todas estas circunstancias afirmáis vuestra superioridad y el derecho al dominio de aquello que hay de espiritual y divino en vosotros. Ningún infame temor ante el peligro o la muerte, ni ambición sórdida ni despreciable codicia o

consideraciones mezquinas pueden tentar a un auténtico Caballero Escocés a deshonrar su intelecto, su razón y su alma, sometiéndolas a sus apetitos, pasiones, y a aquello que hay de material, animal, egoísta y brutal en su naturaleza.

No es posible crear una verdadera y genuina Hermandad sobre la creencia de la maldad de la naturaleza humana. Ni por una comunidad creyente en abstractas proposiciones respecto a la naturaleza de la Deidad, el número de Sus personas, u otros teoremas de fe religiosa; ni por el establecimiento de un sistema de sencilla asociación para el socorro mutuo, por medio del cual, a cambio de ciertos pagos llevados a cabo regularmente, cada uno tenga derecho a cierto subsidio en caso de enfermedad, e incluso para sus exequias tras la muerte.

No puede haber genuina Fraternidad sin preocupación mutua, buena opinión y estima, caridad recíproca, e indulgencia mutua ante las faltas y errores. Únicamente aquellos que han aprendido a pensar bien del prójimo, a buscar lo que de bueno hay en el otro, a pensar bien y a excusar el mal, son quienes pueden verdaderamente ser hermanos en el auténtico sentido de la palabra. Aquellos que se recrean en los errores del otro, que consideran naturalmente al prójimo como mezquino y malvado, de una

naturaleza en la que el Mal predomina y donde no debe ser buscada la excelencia, no pueden ser ni siquiera amigos, y no digamos Hermanos.

Nadie puede pensar de forma mezquina de su raza, salvo que también piense mezquinamente de sí mismo. Si, en base a una única falta o error, juzga la personalidad de otro, y toma ese único acto como evidencia de toda la naturaleza de un hombre y del conjunto de su vida, debería tolerar ser juzgado por la misma regla, y admitir que sería correcto que los demás le condenasen de forma tan exenta de caridad. Pero tales juicios resultan imposibles al recordar incesantemente que en todo hombre viviente mora un alma inmortal que se esfuerza por hacer lo que es correcto y justo; un rayo, por pequeño que sea, y casi inapreciable, proveniente del Gran Manantial de Luz e Inteligencia, que siempre se esfuerza por ascender entre los impedimentos de los sentidos y la obstrucción de las pasiones, y que en todo hombre presenta batalla continuamente a las malas pasiones y a sus apetitos desordenados o que, si ha sucumbido, no por ello está totalmente extinguido o aniquilado. Pues entonces se descubre que no es la victoria, sino la lucha la que merece el honor, pues en esto, como en todo lo demás, nadie puede alcanzar siempre el éxito. Entre una nube de errores, de fracaso, de

defectos, buscará el alma combativa aquello que hay de bueno en cada uno y, creyendo que cada cual es mejor que lo que sus actos y omisiones parecen demostrar, y que Dios vela por él, y le compadece y le ama, sentirá que incluso el pecador descarriado es, pese a ello, su hermano, todavía merecedor de su simpatía, y atado a él por indisolubles lazos de fraternidad.

Si no hubiese nada de divino en el hombre, ¿qué sería, después de todo, sino un animal más inteligente? No habría en él falta ni vicio que no apareciese en alguna bestia; y de hecho en sus vicios no es más que una bestia de un orden superior. Y a duras penas tendría alguna excelencia moral, quizá ninguna, que algún animal no tuviese en mayor grado, incluso las más excelentes de estas, tales como la generosidad, fidelidad y magnanimidad.

Bardesán, el cristiano sirio, en su Libro sobre las Leyes de las Naciones, afirma de los hombres que «en lo concerniente a sus cuerpos, mantienen su naturaleza como animales, mientras en las cosas concernientes a sus mentes, obran a su antojo, como si fuesen libres y con poder, a semejanza de Dios»; y Melitón, Obispo de Sardes, en su oración a Antonino César, dice «que Él, el Dios eterno, se halla siempre presente en su mente; pues su mente misma es a Su imagen y

semejanza, ya que es igualmente invisible e impalpable y sin forma. Del mismo modo que Él siempre ha existido, tú también, cuando te hayas despojado de todo lo visible y corruptible, gozarás de Su presencia por toda la eternidad, vivo y dotado de conocimiento».

En el Génesis hebreo aparece un asunto muy por encima de nuestra comprensión, unos términos hebreos empleados para expresar el origen de las cosas, vocablos que tienen un significado incierto, y son susceptibles de ser traducidos indistintamente como «generado», «producido», «hecho» o «creado». No necesitamos discutir ni debatir aquí si el Alma o Espíritu del hombre es un rayo emanado o emitido desde la Suprema Inteligencia, o si el Poder Infinito los ha llamado a la existencia desde la nada, ejerciendo únicamente Su Voluntad, dotándola de inmortalidad y de una inteligencia semejante a la Divina Inteligencia; pues tanto en un caso como en otro puede decirse que en el hombre lo Divino se une a lo Humano. Unión simbolizada por el triángulo equilátero inscrito en la Escuadra.

Vemos el Alma, decía Platón, como los hombres ven la estatua de Glauco, recuperada del mar, donde había reposado durante muchos años, intentando discernir, que no era fácil, lo que era naturaleza original, con sus miembros

parcialmente fragmentados y en parte desgatados por la erosión efectuada por las olas, conchas, algas y guijarros adheridos, que más le hacía parecer alguna clase de monstruo que no lo que fue cuando dejó las divinas manos de su escultor. Aun así, decía Platón, contemplábamos realmente el Alma, deformada por las innumerables cosas que la había dañado y desdibujado. Pero el Masón poseedor del Real Secreto puede inferir, al percibir el amor del Alma por la Sabiduría, su tendencia a la asociación con lo que es divino e inmortal, sus mayores aspiraciones y sus esfuerzos, y aunque pueda haber sido finalmente derrotada por los hechizos y encantos de los sentidos y las pasiones, que una vez que haya sido rescatada de las envolturas que ahora son demasiado fuertes para ella, y sea liberada de las acreciones que la deforman y desfiguran, podrá ser contemplada en su verdadera naturaleza, y ascenderá gradualmente la escalera mística de las esferas hacia su hogar y lugar de origen.

El Real Secreto, del cual eres Príncipe, si eres un verdadero Adepto, si el conocimiento te parece recomendable, y la Filosofía es para ti una ciencia de divina belleza, es lo que el Sohar denomina El Misterio del Equilibro. El Secreto del Equilibrio Universal.

El Real Secreto es el Secreto del Equilibrio en

la Deidad entre la infinita Sabiduría Divina y el infinito Poder Divino del cual resulta la estabilidad del Universo, la inmutabilidad de la Ley Divina y de los principios de la Verdad, la Justicia y el Derecho, que forman parte de ella; y la obligación suprema de la Ley Divina sobre todos los hombres, como mandamiento superior a cualquier otra ley, y formando parte de todas las leyes de los hombres y naciones.

Es también el Secreto del Equilibrio entre la infinita Justicia Divina y la infinita Piedad Divina, cuyo resultado es la infinita Divina Equidad, así como la Armonía Moral o Belleza del Universo. Por este equilibrio se hace posible la permanencia de las naturalezas creadas e imperfectas en presencia de la Deidad Perfecta; y para Él, al igual que para nosotros, amar es mejor que odiar, y el Perdón más sabio que la venganza o la represalia.

Por ese equilibrio entre Necesidad y Libertad, entre la acción de la Omnipotencia Divina y el Libre Albedrío del hombre, es justamente castigado en virtud de la ley de causa y efecto, aunque nada en el Universo puede suceder o tener lugar si es contrario a la voluntad de Dios. Y sin la coexistencia de la Libertad y la Necesidad, o Libre Albedrío en la criatura y Omnipotencia en el Creador, no podrían existir la religión, ni la ley

del bien y el mal, ni el mérito y el demérito, ni la justicia en el castigo humano o en las leyes penales.

De ese equilibrio entre el Bien y el Mal, entre la Luz y la Oscuridad del mundo, surge la certeza de que todo es obra de una Infinita Sabiduría y de un Infinito Amor, y que no existe un demonio del Mal rebelde, o Principio de la Oscuridad coexistente y en eterna controversia con Dios, o Principio de Luz y del Bien. Alcanzando el conocimiento de tal equilibrio podemos, a través de la Fe, apreciar que la existencia del mal, el pecado, el sufrimiento y el pesar en el mundo es consistente con la Infinita Bondad, así como con la Infinita Sabiduría, del Todopoderoso.

Simpatía y Antipatía, Atracción y Repulsión, siendo cada una de ellas una fuerza de la naturaleza, aparecen como opuestos en las almas de los hombres, así como en el Universo de esferas y mundos, resultando de la acción y oposición de cada una de ellas la Armonía y movimiento que es Vida del Universo y del Alma.

No son antagonistas unas de otras. La fuerza que repele un planeta del Sol no es más perversa de la que atrae al planeta hacia la luminaria; pues cada una es creada y ejercida por la Deidad, y el resultado es el armonioso movimiento de los obedientes planetas en sus órbitas elípticas, así

como la matemática precisión e invariable regularidad de sus movimientos.

De ese equilibrio entre Autoridad y Acción Individual que constituye el Gobierno Libre surgen los cimientos inamovibles de la Libertad con obediencia a la Ley, de la Igualdad sujeta a la Autoridad, y de la Fraternidad subordinada a los mejores y más sabios. Y el equilibrio entre la Energía Activa y la Voluntad del Presente, expresada por el Voto del Pueblo, y la Estabilidad Pasiva y Permanencia de la Voluntad del Pasado, expresada en la Constitución del Gobierno, escrita o no escrita, y en la ley y la costumbre santificadas por el paso del tiempo, queda representado por el arco que descansa sobre las dos columnas, Jakin y Boaz, que se halla en los portales del Templo construido por la Sabiduría, encontrándose sobre una de ellas el Globo Celestial, símbolo de la parte espiritual de nuestra naturaleza compuesta, y sobre la otra el Globo Terráqueo, símbolo de la parte material.

Y, finalmente, de ese equilibrio, posible en nosotros mismos, y que la Masonería procura incesantemente alcanzar en sus Iniciados, y exige a sus Adeptos y Príncipes (aunque sean indignos de tales títulos), entre lo Espiritual y Divino y lo Material y Humano en el hombre; entre el intelecto, la Razón y el sentido moral por una

parte, y los apetitos y las pasiones en el otro, resulta la Armonía y Belleza de la vida bien ordenada.

Este posible Equilibrio nos demuestra que nuestros apetitos y sentidos son igualmente fuerzas otorgadas por Dios para servir al Bien, y no fruto de la malignidad de un Diablo; no son para ser detestados, mortificados y, de ser posible, aniquilados y vueltos inertes. Y nos demuestra que nos son dados para servir como medios para fortificarnos e incitarnos a obrar de modo bueno y grande, siendo sabiamente empleados, pero no para abusar de ellos; para ser controlados y mantenidos dentro de unos límites por la Razón y el Sentido Moral; para convertirse en siervos e instrumentos útiles, y no comportarse como guías y señores, gracias al empleo del intelecto y la Razón como herramienta para su satisfacción.

Y este equilibrio nos enseña, por encima de todo, a respetarnos a nosotros mismos, en tanto que almas inmortales, y a ser respetuosos y caritativos con los demás, que son tan inmortales como nosotros, y con los que compartimos la Naturaleza Divina, alumbrada por un rayo de la Divina Inteligencia, y que se esfuerzan, como nosotros, por dirigirse hacia la Luz; que son capaces, como nosotros, de progresar y elevarse

hacia la perfección, y que merecen ser amados y compadecidos, y nunca odiados ni despreciados; ser ayudados y socorridos en esta lucha vital, y no ser abandonados ni dejados a errar solos en la oscuridad, ni muchos menos pisoteados en nuestro esfuerzo particular por ascender.

De la mutua acción y reacción de cada uno de estos pares de opuestos y contrarios resulta el tercer elemento que forma el Triángulo, que para todos los sabios antiguos era símbolo representativo de la Deidad: es el caso de Osiris e Isis, de quienes brota Har-oeri, Maestro de la Luz y la Vida, y del Mundo Creativo. Junto a los ángulos del triángulo se encuentran, simbólicamente, las tres columnas que soportan la Logia, que es un trasunto del Universo: Sabiduría, Poder, y Armonía o Belleza. Uno de estos símbolos, que aparecen en el Tablero de Trazo del Grado de Aprendiz, enseña esta última lección de la Francmasonería. Se trata del Triángulo rectángulo, representación del hombre como unión de lo espiritual y lo material, de lo divino y lo humano. La base, que corresponde al número 3, el número del Triángulo, representa la Deidad y lo Divino. La perpendicular, que corresponde al número 4, número de la Escuadra, representa la Tierra, lo material y lo humano. Y la hipotenusa, que corresponde al número 5,

representa esa naturaleza producida por la unión de lo Divino y lo Humano, el Alma y el Cuerpo. Los cuadrados de los catetos, 9 y 16, sumados dan 25, cuya raíz cuadrada es 5, la medida de la hipotenusa.

Y como en todo Triángulo de Perfección, uno es tres y tres son uno, y así el hombre es uno, aunque con doble naturaleza. Y alcanza los propósitos de su ser únicamente cuando las dos naturalezas que se encuentran en él se hallan en justo equilibrio; y su vida resulta un éxito únicamente cuando resulta armónica y hermosa, como las grandes Armonías de Dios y el Universo.

Tal, mi Hermano, es la Verdadera Palabra del Maestro Masón. Tal es el auténtico Real Secreto, que hace posible, y finalmente hará realidad, el Sacro Imperio de la auténtica Fraternidad Masónica.

Gloria Dei est celare Verbum. Amen.

El Traductor:

Nacido en Albacete (España) en 1968, Alberto Moreno Moreno es Técnico en Empresas y Actividades Turísticas y traductor. Reside actualmente en Alfaz del Pi (Alicante), y es miembro de la R# L# S# Oliva-La Safor Nº 112, al Oriente de Gandía, perteneciente a la Gran Logia de España.

Este libro terminó de componerse en las
colecciones de MASONICA.ES® el día
21 de junio de 2013 (e# v#),
Solsticio de Verano

Índice